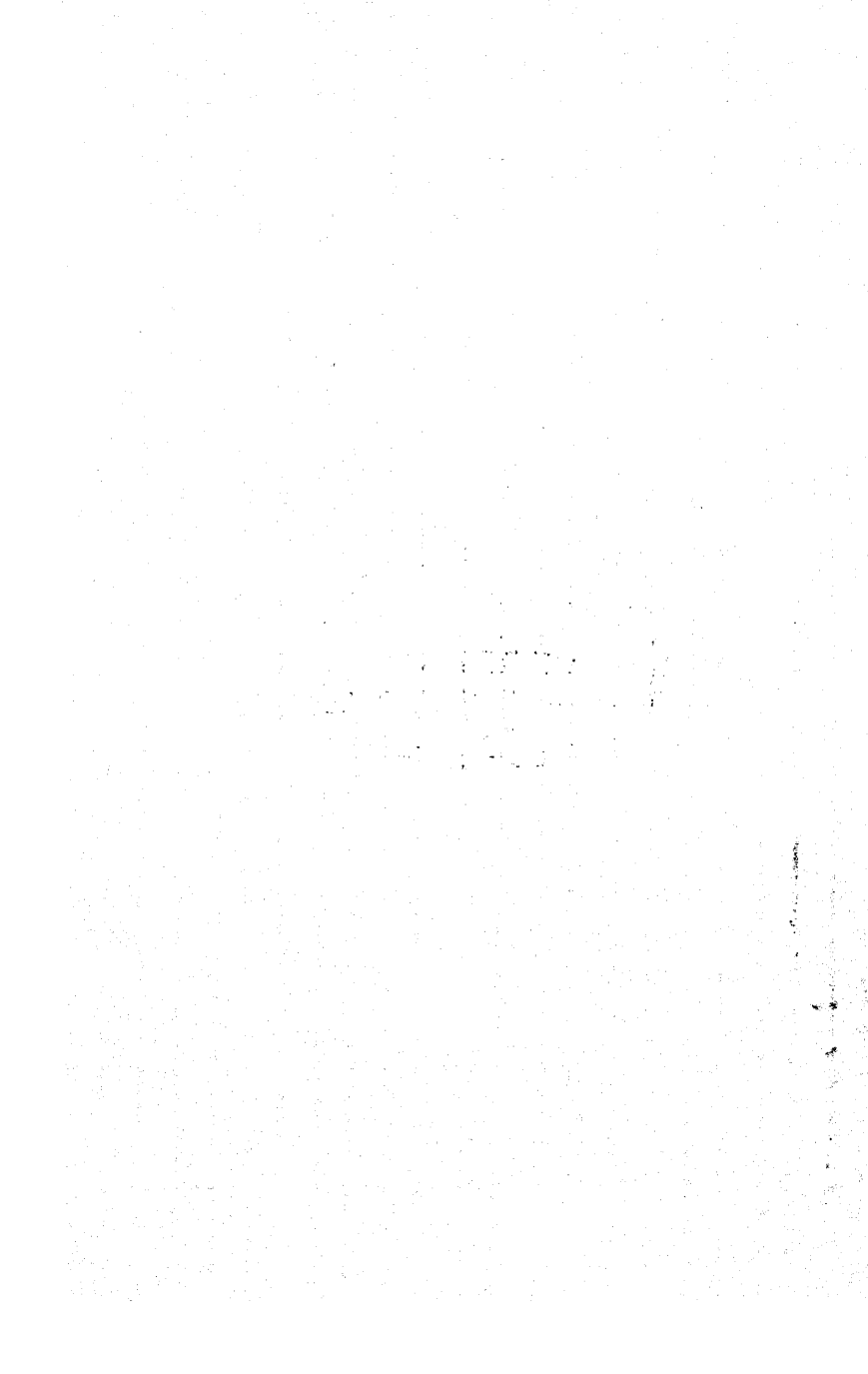
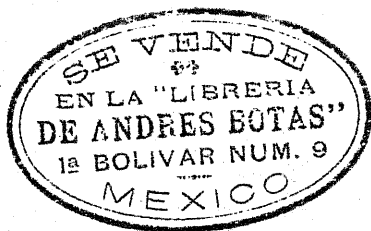
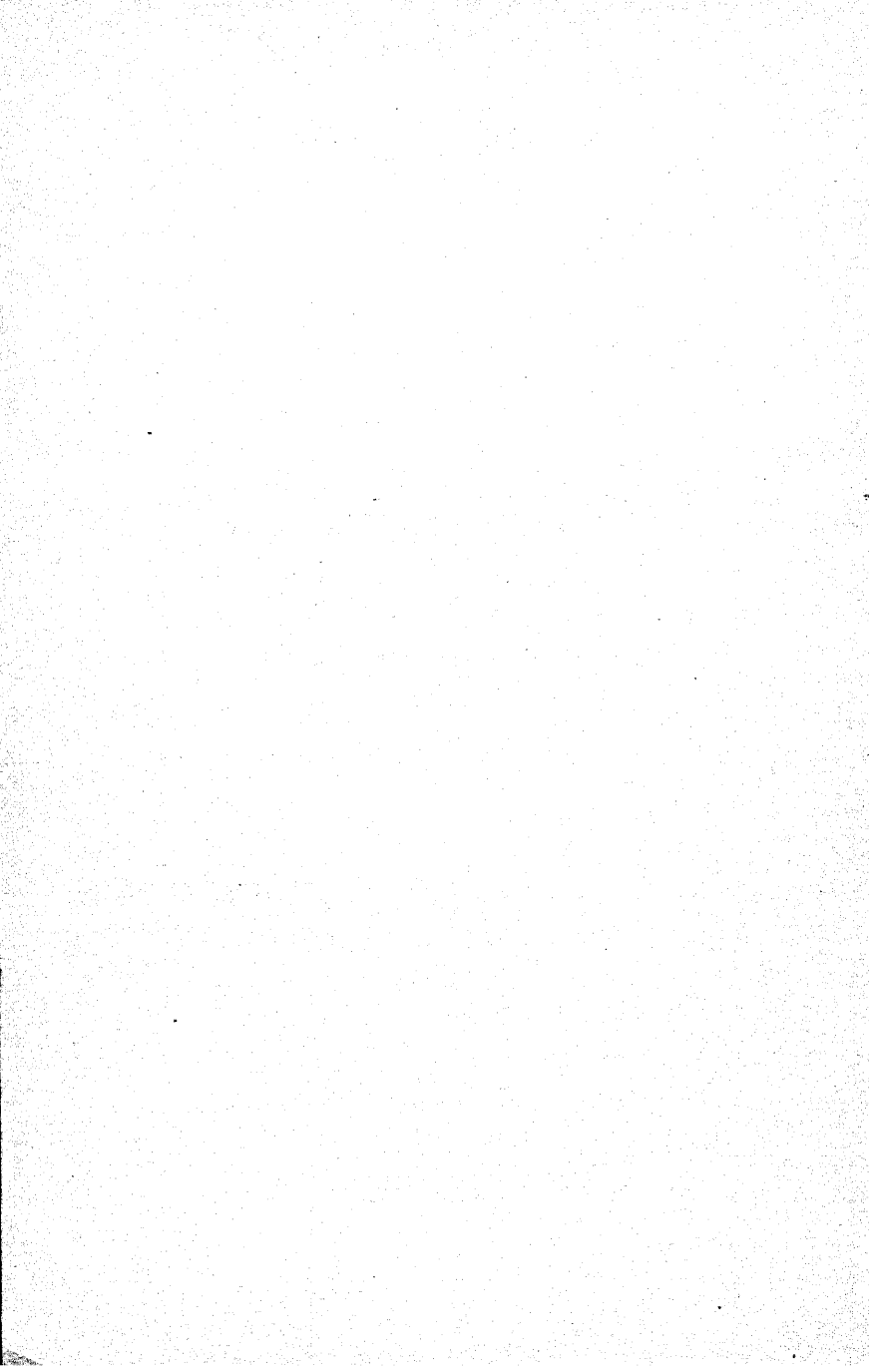






LA PATRIA GRANDE



1902

R. 70142



CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

La Patria Grande

CANTOS MARCIALES — ODAS CÍVICAS
POEMAS RÚSTICOS

PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. TEODORO LLORENTE

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, 11.
1911

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRÓLOGO

Lector: si al abrir este libro se fija tu distraída atención en alguna de sus composiciones, y la lectura te impresiona, y crees hallar en lo que dice el poeta algo de lo que tú mismo sientes, ¡bendito seas! Yo quisiera, por maravilloso poder, conocer tu impresión, quisiera conocer la de todos aquellos á cuyas manos llegue este breve volumen, y si á todos les produjese el mismo efecto, si todos ellos imaginaran que algo de lo que llevaban en el alma era lo mismo que en sus páginas leían, lo mismo que hay en el fondo de esta poesía de LA PATRIA GRANDE, entonces, pensando en mi difunto y buen amigo, aquel gran patricio que se llamó D. Francisco Silve-

la, á él me dirigiría, aunque no pudiera oirme, y le diría gozoso: «¡Loado sea Dios!; el pueblo á quien no le encontrabas el pulso, ya lo tiene: ya excita sus palpitaciones el fuego de su propia vida, de su razón de ser: España se siente España.»

Y si no fuera así... Si no fuera así, por desgracia; si los lectores (que no lo creo) permaneciesen indiferentes, apáticos y fríos al calor que inspiró tan bellos versos; si los estimasen como hermosa obra literaria, pero no como plausible obra patriótica, no por eso dejaría de ser digno de igual aplauso quien los ha escrito.

Pero no; la poesía, siendo creación individual, personal de su autor, tiene casi siempre algo del sentimiento colectivo, del espíritu de la época y del país en que florece. Genio poético vigoroso y fecundo era el de Quintana, y también el de D. Juan Nicasio Gallego; pero en sus versos *Al alzamiento de las provincias españolas contra los franceses* y *El Dos de Mayo*, hay algo más que su individual sentimiento y su individual fantasía; hay algo superior al numen del poeta; hay lo que pudiéramos llamar el alma española. Esta

representación es la más alta gloria que puede alcanzar el vate, y es, á la vez, la mejor ejecutoria de nobleza, la mejor prueba de vitalidad del país que se la da.

Y esto es lo que ha faltado á España en sus últimos desastres. No hubo poesía en aquella catástrofe. Claro es que hubo de faltarnos la Musa de la Victoria y del Júbilo. Pero ¿no hay otras Musas? La del Dolor, la de la Firmeza, la de la Esperanza, debieron inspirar entonces á nuestros poetas; pero su voz consoladora no se oyó por ninguna parte, ni se deseaba oír. Parecía inoportuno el recuerdo de nuestras glorias: los que presumían de más sensatos y previsores, hablaban de cerrar bajo siete llaves el sepulcro del Cid. Después de aquel anonadamiento del espíritu nacional, comenzó á surgir una literatura, pero no de raíz española, una poesía exótica, artificiosa, muy pulida y á veces gallarda, pero que no responde á nuestras tradiciones y á nuestro propio espíritu, flores de estufa con aroma de artificial perfumería.

En ese ambiente nacieron, y causaron grata sorpresa, los versos de Fernández Shaw. La *Poe-*

sía de la Sierra fué como una revelación. Aquel poeta cansado, abatido, anémico, que salía de Madrid, enfermo, para buscar en la Sierra de Guadarrama aire puro para sus pulmones, impresiones frescas y sanas de la Naturaleza para su espíritu doliente, parecía la figura simbólica de la Poesía, necesitada de igual regeneración. Aquel libro y otros posteriores, de diferente asunto, pero en los que dominaba siempre, entre novedades de forma, un retorno á los sentimientos y al carácter de la raza, á la poesía del natal terruño, al españolismo, por decirlo en una palabra, conducían naturalmente á lo que hoy nos da el poeta verdaderamente español, á la glorificación de la Patria, á lo que parecía desmayar y hoy resurge, como hoguera medio apagada, sobre la cual sopla un hálito de vida.

Esta obra patriótica, ¿es exclusiva del autor? Mucho le debemos; pero yo creo, quiero creer, que ha influido en ella un cambio que se va operando en el público sentir. Me parece que hoy somos más españoles que lo éramos diez años ha, y que el libro de Fernández Shaw es una prueba de ello.

*
* *

No ha de ser apologético el prólogo que estoy escribiendo. Eso, ni lo quiere el autor, ni lo estimo necesario. A un escritor novel está bien que lo presente al público un prologuista de campanillas. Pero, ni yo tengo autoridad para estas presentaciones, ni á Carlos Fernández Shaw, tan conocido, tan admirado ya de todos los amantes de la poesía, ha de llevarlo nadie de la mano. Lo que yo puedo hacer es señalar el significado de su nuevo libro, la orientación que en él toma su noble numen, y sus relaciones con el espíritu general. Porque ese es mi intento, entre todas sus bellas poesías, me ha llamado la atención, no porque sea la más hermosa, aunque lo es mucho, sino porque revela cómo entiende de poesía este escritor tan amante de ella, la composición que titula *El buen poeta*. El buen poeta, para Fernández Shaw, es Gabriel Galán. Aquel inspirado y glorioso salmantino, que repentinamente surgió de la obscuridad, en quien toda España admiró el estro propio de nuestra que-

rida patria, de sus honradas tradiciones, guardadas en el fondo de una aldea, en la vida campesina, sencilla y noble, natural y piadosa; aquel regenerador de nuestra poesía decadente, malogrado para ella, por desgracia, es el tipo que señala como ejemplar y modelo el autor de LA PATRIA GRANDE en unos versos, que adquieren el carácter de una «Arte poética».

Aquella poesía tan sana, tan creyente, tan española, la opone á la que un espíritu de rebeldía quiere imponer á nuestra perturbada edad. Oidle:

Lejos de aquí, muy lejos, por ventura
— bajo cielos brumosos, taciturnos;
en densos aires, corrompidos, pobres, —
los vates cantan del pensar vitando;
los vates yerran del sentir morboso;
maldicientes, y falsos, y blasfemos.
Los pálidos juglares. Los cantores
del vicio corruptor. Los que en ajada,
doliente meretriz hallan su Musa.
Los que inspiran sus *trovas* en el vino
del burdel y la tasca. Los que excitan
los instintos ajenos, torpemente,
con su impura neurosis, contagiosa.
Los que matan en flor el vivo anhelo
del afán de vivir, el hondo encanto
de los afectos grandes, la esperanza,
— ¡supremo bien!; — ¡los torpes enemigos

de la Fe, del Amor, de cuanto puede
purificar y ennoblecer la Vida!

Nuestro poeta quiere verse libre de esa mal-
sana inspiración, y así se lo pide al Cielo:

Pueda, al menos ¡oh Dios!, desde el retiro
donde mi mal sujétame, servirte
con el débil aliento que me resta.
Si no la espada, válgame la lira.
Valerosos resuenen sus acentos,
y en trance tal para la Patria vibre
sus versos mi canción. ¡Tal como lanza
rayos la tempestad! Ellos traduzcan
mi vehemente sentir. Ellos proclamen
la excelsitud de Dios. Ellos prediquen
el amor á la Patria. Digan ellos
mis raigadas, mis íntimas ideas;
con toda la efusión de mis amores,
con todo el arrebato de mis iras;
con cláusulas de fuego, rutilantes
como chispas del Sol.

Sé, complaciente,
mi Musa, tú, destello venturoso
de la Divina Lumbre, siempre clara;
tú, cantor, castellano, de Castilla;
de voz tan pura, de virtud tan neta;
tú, modelo del noble ciudadano;
tú, cristiano, por Dios; tú, ¡buen poeta!

*
* *

De este ideal de la poesía, tan noble y casi sagrado, brillaban destellos y resplandores en todos los anteriores libros de Fernández Shaw: hay más en los versos que ahora publica, y se concentran en uno de los sentimientos más dignos de ser cantados y enaltecidos: en el sentimiento de la Patria. De la Patria celebra, en primer lugar, las glorias, y entre esas glorias, las del valor y el heroísmo. *El gran día de Lepanto* resume para el poeta las hazañas de España, en los días de su apogeo, y canta aquella victoria con la misma épica grandeza con que la cantó Herrera; *Los Sitios de Zaragoza* nos muestran el mismo alarde de la España moderna, en empeño más duro, y estas sangrientas jornadas las pinta en gallardos romances, en los que vibra la fibra popular; y poniendo al lado de la gloria militar otras glorias tan grandes como ella, evoca la figura sin igual de Cervantes en la magnífica oda (¿por qué ha de desecharse este nombre?) que comienza con los siguientes rotundos versos, dignos de Quintana y de Lista:

¡Oh príncipe de príncipes! ¡Oh ingenio
que entre ingenios altísimos descuellas,

como entre grande multitud de cumbres
la más alta y gentil ¡Oh predilecto
de las Musas y orgullo de los hombres!
¡Oh primer español, más que ninguno
por su propia grandeza soberano!
¡Cervantes, inmortal!

Todo este glorioso pasado, ¿habrá desaparecido sin dejar rastro? ¿No pueden resurgir, no resurgirán nuestras grandezas? No caben estos pesimismos en el alma del poeta-patriota; ve éste despuntar una nueva aurora, nuncio de consoladoras esperanzas; ve que el soldado español aún es el mismo de Pavía, de San Quintín y de Bailén; ve que la carga de Taxdirt reclama todavía la Musa del *Romancero*, y que en el porvenir aún ha de brillar mucho nuestro sol. Esta es la nota final del libro. Esas esperanzas no podrán ser realidades para él, porque enfermo y abatido, *siente la gran tristeza de la vida que se va*, y exclama:

¡Campanas, las de Segovia!
¡Campanas de Catedral!
¡Campanas de Catedrales!
En Toledo, la sin par.
Y en Salamanca, y en Burgos.
Todas de recio metal.

Todas parlando con tanta
soberana majestad;
con el ánimo y el temple
del castellano léal.

— Las que en tantas grandes horas
hubieron de repicar,
diciendo fazañas tales
con una grandeza tal. —
¡¡Cantad, entonces!!

Dios santo,
¡quién las oyera cantar!
¡Quién las canciones oyera
del júbilo nacional!
Aires puros las difundan,
en venturoso volar.
De montes á montes pasen,
sobre tanto peñascal.
Nuevas llanadas las oigan.
Las oiga por fin el mar.
Y el himno feliz concierten
que aguardan los cielos ya.
¡Himno de Fe, de Esperanza,
de Amor, de Felicidad!
¡Á la Patria que resurja,
por la Paz, para la Paz!
¡Á la España, redimida,
— con su fe tradicional, —
por un espíritu nuevo
de salud, de libertad!
¡Con un porvenir de gloria,
de Sol! ¡¡Con un Idéal!!

*
* *

Hay en este libro algo que á primera vista es ajeno á él; pero esta aparente digresión no está fuera de lugar para los designios del autor. Me refiero á lo que titula *Castilla, madre: poema rústico*, descripción bellísima de las amplias y severas llanuras castellanas, de sus trigales, que dan el pan á España, de las escenas de la siega y de la trilla, de su pueblo honrado y laborioso, que nos recuerda los antiguos patriarcas. ¿Quiere rendir tributo de este modo el poeta gaditano al noble país y á la dura raza, que parece haber sido, que ha sido sin duda, el núcleo de la nacionalidad española? Fernández Shaw ha dedicado algunos de sus mejores, más luminosos y más florecientes versos á celebrar la belleza sin par de Andalucía, su tierra natal; ahora ve en Castilla, desprovista de tan alegres galas, una *Madre*, digna de iguales elogios. También es esto labor española; también merece el aplauso de los buenos españoles.

Si cree mi buen amigo y genial poeta que de algún modo puedo yo representarlos, quedará bien pagado el esfuerzo que hice al tomar la pluma mi mano, ya insegura y cansada.

TEODORO LLORENTE.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. JOSÉ CANALEJAS Y MÉNDEZ

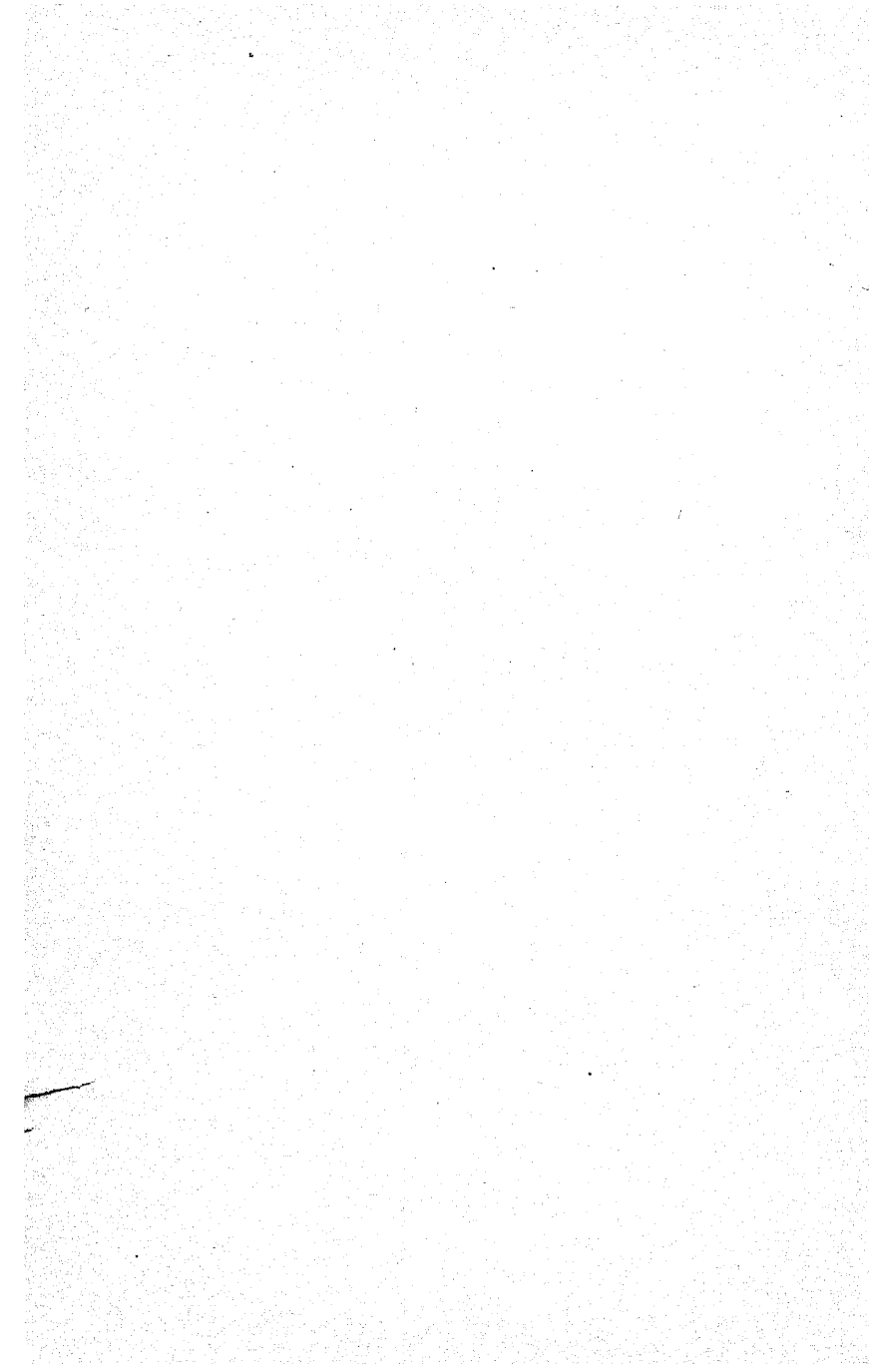
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS
GRAN ARTISTA Y GRAN PATRIOTA

Permitame usted, siempre tan magnánimo, que vaya su nombre, tan respetable y tan ilustre, en este lugar de mi libro; que dedique á usted estas poesías, inspiradas todas por el santo amor á la Patria.

Ese nombre es para mí el de un estadista eminente, el de un polemista admirable, el de un orador elocuentísimo. ¡Cómo no! Pero es, á la par, muy especialmente, el del antiguo y bondadoso amigo que, encumbrado por sus méritos á las mayores alturas del Poder y de la fama, no reparó en la humildad de mi estado, cuando requerí su favor, con más afanes que esperanzas; antes bien, supo encontrar en ella razones decisivas para tenderme una mano generosa.

Sean, pues, y publiquen estas líneas, á la vez que el homenaje de una fervorosa admiración, el testimonio sincerísimo de una inquebrantable gratitud.

3 de diciembre de 1910.



AL LECTOR

Más que nunca tal vez, por razones más poderosas, urge en los días presentes que exaltemos el amor á la Patria cuantos lo sentimos y por él alentamos.

Feliz se considere quien concorra á la grande empresa con poderosos medios. Aporte los suyos, de todas suertes, quien algunos haya, si bien sean de exiguo valer. Este es mi caso. Empeño tal requiere el concurso de todo buen español.

Así pensando, propúseme coleccionar en este libro — con una excepción tan sólo — todos los poemas que el amor á España me inspiró; poesías íntimamente hermanadas, por un mismo origen y por un mismo fin, y compañeras á la vez, por motivos otros, de las que forman mis libros anteriores, que el público amparara de modo generosísimo.

Doy á luz nuevamente la canción *El gran día de Lepanto*, por la causa ya expuesta. Publico de nuevo *Los Sitios de Zaragoza*, romances no coleccionados por mi cuenta sino en el *Cancionero Infantil*, obra

dedicada exclusivamente á los niños. Y dejo de incluir en ésta el canto ¡*Ancha Castilla!* Figuró en *La vida loca* y en dicho *Cancionero*. Vióse acogido y reproducido repetidas veces por revistas y diarios. Y no me ha parecido discreto darlo á la estampa una vez más.

Todos estos poemas son absolutamente sinceros. Todos traducen por modo cabal, fielmente, los estados de mi ánimo durante los días en que fueron escritos. No aparecen inspirados por unos mismos sentimientos. No siempre los dictaron con acentos iguales, con igual confianza, el entusiasmo, la fe... Desde luego lo reconozco. Pero, esa misma diversidad de sentimientos demuestra cumplidamente la sinceridad de que hablaba: corresponde á las alternativas por que pasó también el alma nacional.

El último canto — como verá el lector, si fija en él su atención benévola, — es un canto de esperanza. ¿Pudiera ser otra la canción de un poeta sincero, cuando resurge, ganoso de vida nueva, el espíritu español?

C. F. S.

.....
.....

*¡Sí! Por la senda sigamos
del claro nombre español;
¡bravamente!, pues los amos
fuimos un tiempo del Sol.*

*Lanzas rompamos y lanzas,
si: i reposo, noche y día,
por servir á las andanzas,
tan locas, de la Poesía.*

*Porque sendas muchedumbres
encuentren, á un tiempo mismo,
en escuelas de costumbres,
escuelas de españolismo.*

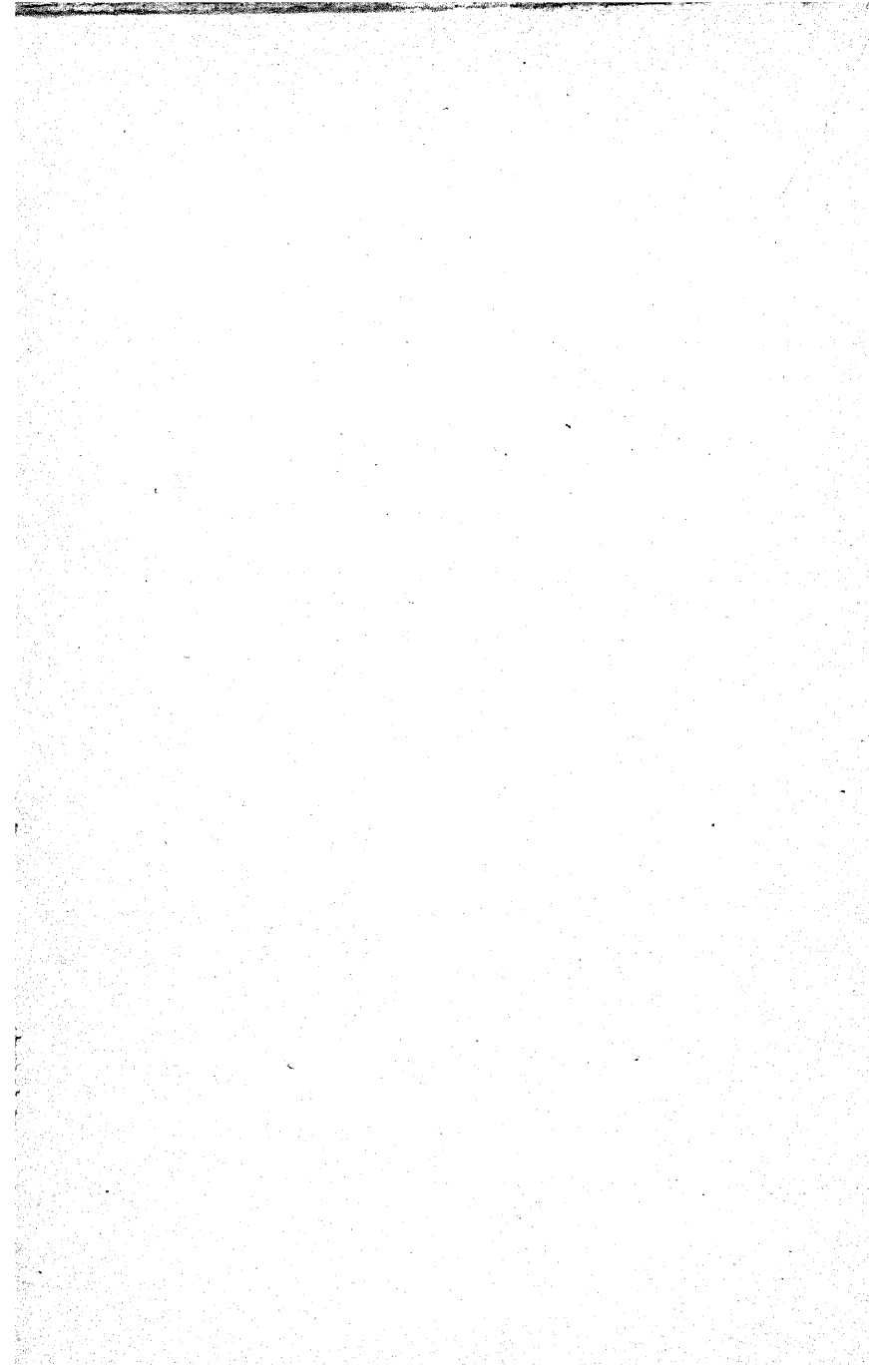
*Donde, por manera culta,
se demuestre al ignorante
que el patriotismo... resulta
de buen ver, ¡y hasta elegante!*

*Si en nobles pechos nació.
Si creció con lozanía.
¡El patriotismo!... ¡Que no
la vulgar patriotería!*

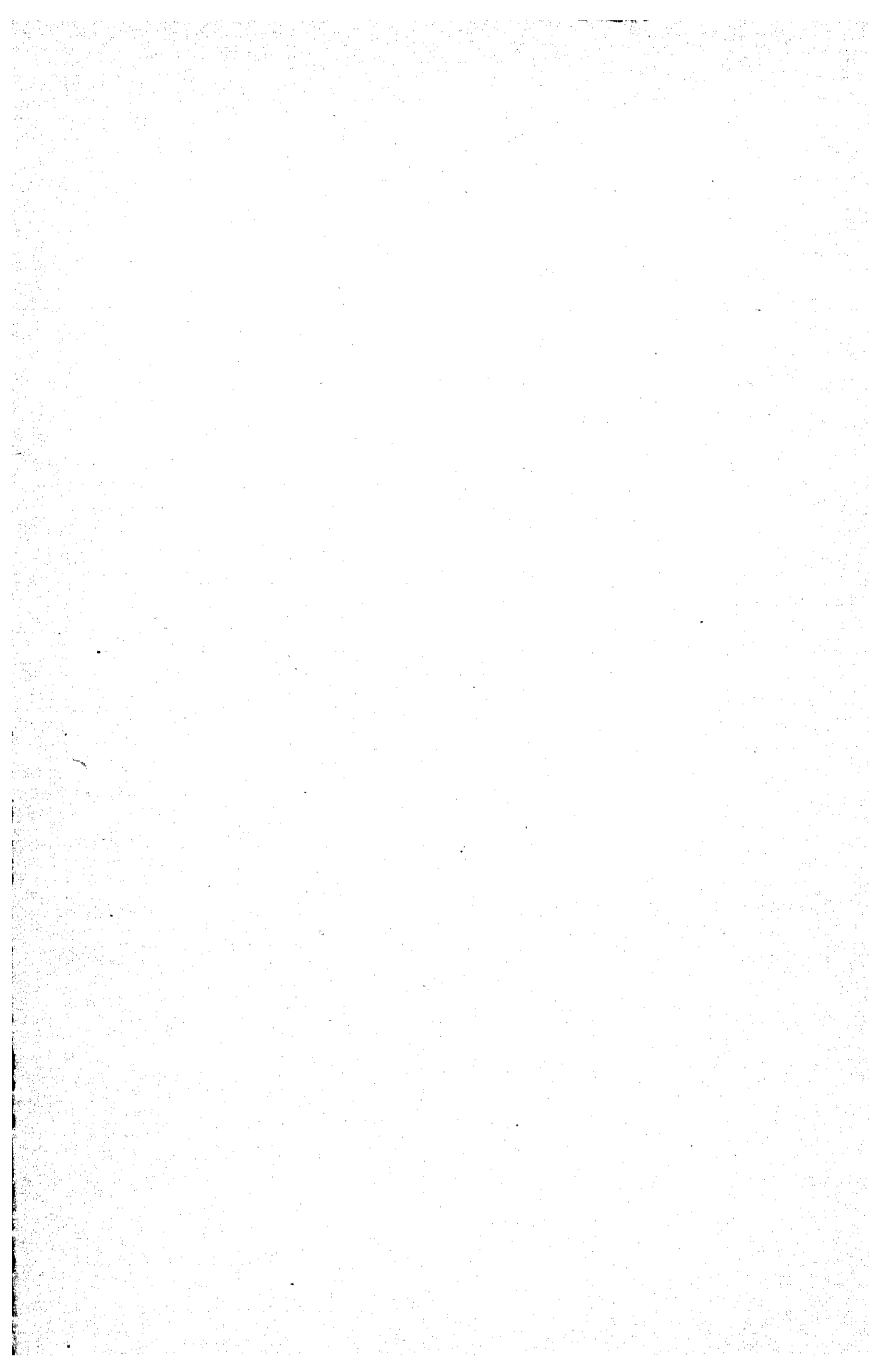
*El buen patriotismo, neto;
el españolismo sano;
profundo, noble, discreto...
como un refrán castellano.*

*Como el buen decir, en trama
de Rojas ó de Alarcón.
Como el buen pensar, en drama
de don Pedro Calderón.*

(Las Figuras del «Quijote». Prólogo.)



LA JURA DE LA BANDERA



LA JURA DE LA BANDERA

Al Excmo. Sr. D. Torcuato Luca de Tena.

I

Brilla el Sol en un cielo sin nubes.
Brilla el Sol cual ingente rœel.
Gran panoplia parece, de fuego.
Son espadas sus rayos. Espadas
á millones clavadas en él.

¡Ah, la pompa del mágico día!
¡Y ah, la alegre jornada marcial!
La mañana de Abril enajena.
Y es más clara la luz del ambiente,
bajo el Sol, en su triunfo vernal,
que la luna sutil, transparente,
de radiante, pulido cristal.

¡Ah, la gran *avenida*, la plaza!...
Y el matiz de las hojas, tan nuevas,
de los árboles, todos en flor.

Y las tropas, en múltiples filas.
Y tras ellas en masas, el pueblo,
pregonando salud y donaire,
derrochando poder y valor.
¡Y sus gritos alegres! Y el aire
tan henchido del largo rumor.

Y el sonar de las órdenes rápidas,
al correr por las filas inquietas,
con la voz de vibrantes cornetas,
que los aires desgarran viril.
Y en la cumbre gloriosa del cielo,
sobre tanto fulgor en los aires,
sobre tanto fulgor en la tierra,
con destellos de luz juvenil;
sobre tantos flamantes cañones,
en parejas con sendos armones;
sobre tantos aceros desnudos,
relucientes, altivos, agudos;
sobre tanto brillante fusil,
¡el fulgor de millones de espadas
en el Sol rutilante de Abril!

II

Hay un vivísimo relampagueo
de chispas raudas, chispas á miles,
por las anchuras del gran paseo;
chispas de espadas y de fusiles,
chispas de tanto marcial arrêo;
de tanta rica, gentil bandera,
de tanto recio cañón bruñido...

¡bajo la pompa del Sol, guerrera!
¡El Sol alegre del mes florido
que en formas tantas doquier impera;
tan cariñoso y agradecido
para su madre, la Primavera!

Y en tanta orgía de luz, — la orgía
de los destellos y los colores, —
y en tanto vuelca la luz del día
como á torrentes, sus resplandores,
tropas y pueblo dan á porfía
para la fiesta de la Alegría,
sus mil reflejos, sus mil rumores.
¡Ah, madre mía, la España mía:
mientras en luces tu Sol me baña,
concierte cantos mi voz sincera!
¡Tus glorias canten, gentil bandera!
¡Las glorias canten del Sol de España!

III

Una voz, que vibra y vibra
con acentos de clarín,
ante los nuevos soldados
y en tal punto dice así:
*«¿Juráis á Dios, prometéis
al Rey de España, seguir
sus banderas, y ampararlas
de todo mal, hasta el fin
de vuestras vidas?»...*

Mil voces,
á un tiempo, con otras mil,

vibrantes también, rotundas,
responden al punto : ¡Sí!

Por el aire leve y tibio,
regalo del mes de Abril,
pasa la breve respuesta,
nuncio de buen porvenir.
Mil ecos por el espacio
que el aire limpia sutil;
mil ecos desde el concurso
de tanta gente feliz;
mil ecos desde los campos
vecinos suenan sin fin...
Parece que cielo y tierra
sus votos dicen así;
que á los soldados responden,
y á su respuesta viril.
Que España toda contesta,
jurando también : ¡Sí! ¡¡Sí!!

IV

Muy luego, ya forman radiantes banderas
y nobles, desnudas espadas,
magníficas cruces, en nombre de Dios.
Desfilan los nuevos soldados,
y besan las cruces.
Doradas sus frentes por rayos del Sol.

En alto se imponen, al fin, las banderas,
con un admirable, jovial esplendor.
¡Resuenan las músicas!

Y rompe la marcha

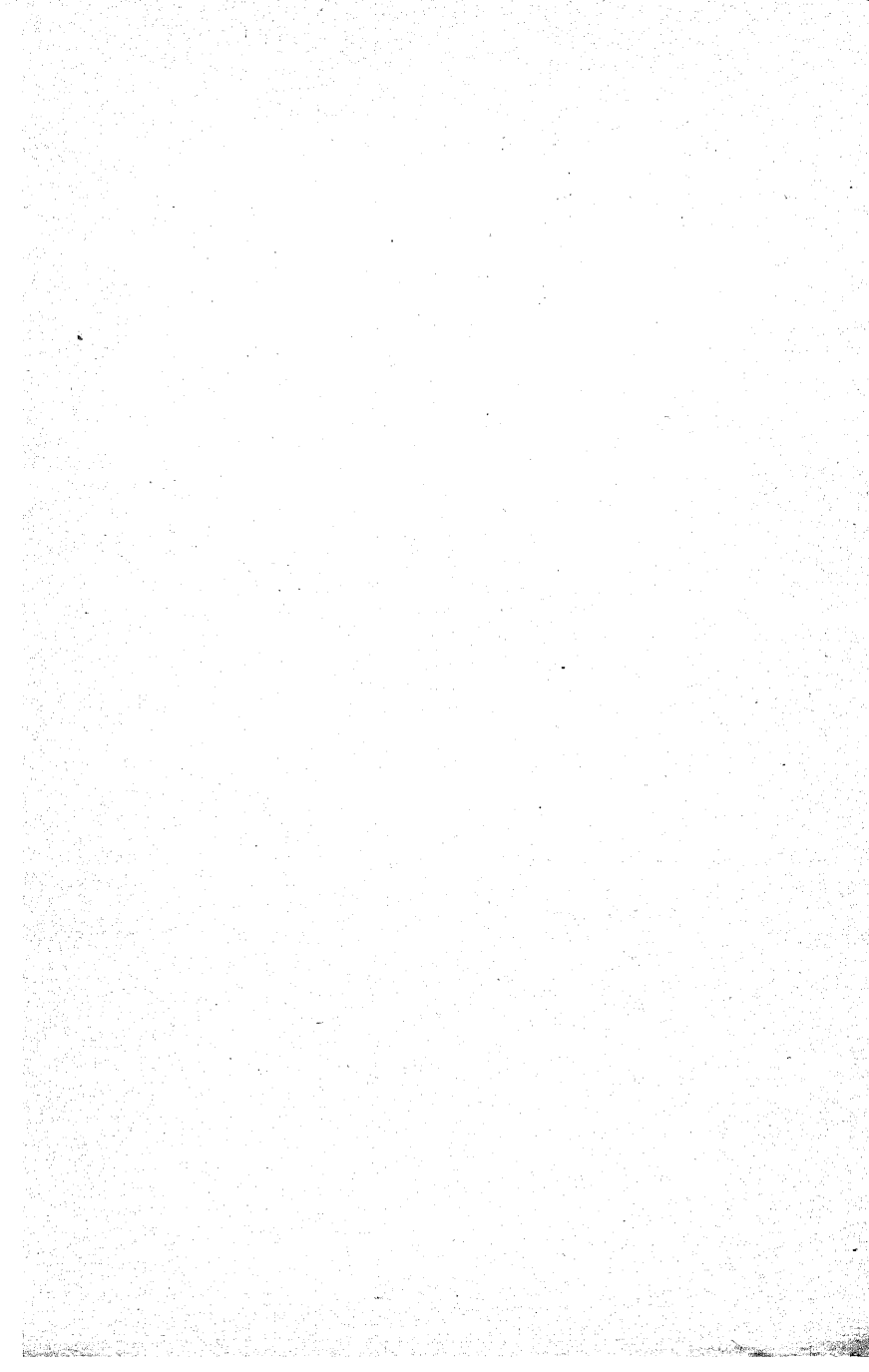
de nuevo desfile gentil batallón.
¡Y allá su bandera, de luces vestida,
parece, con tantos fulgores,
un haz de fulgores del Sol!

¡Oh, noble bandera, que dice victorias,
ó llora desastres, — brillando, crujendo, —
con una fantástica voz!
¿Cuál otra bandera la humilla?
¿Cuál otra más clara brilló?
Sus alas abiertas el mundo abarcaron,
en vuelo veloz.
Las cumbres más altas sintieron su sombra.
¡Por todas las aguas de todos los mares,
luciendo, venciendo, su imagen pasó!

Contigo, bandera que lloras y cantas,
hoy va, como siempre, la gran tradición;
la anciana leyenda, tan viva,
que es árbol añoso muy lleno de flor.
Y va, por fantásticas artes,
la historia de un pueblo,
probado mil veces
en magnas empresas por Dios.
Y van, en unión misteriosa,
la fe que redime á Granada
y el genio que impulsa á Colón.
¡Las rimas de hidalgos poetas!
¡Los dramas del viejo Teatro
que al orbe asombró!
Y en todo, con todo, ¡la Patria!,
¡la madre bendita!, ¡sus glorias insignes!
¡Qué mundo de glorias! ¡Qué mundo de amor!

¡Llegad, españoles!
Llegad, descubiertos, sumisos.
Mirad tan gloriosos emblemas,
con grande, viril emoción.
En tanto que pasan,
— con esas banderas que crujen,
tendidas al aire,
doradas con rayos del Sol, —
¡la Patria!, ¡la madre bendita,
que á todos nos une con lazos de amor!
¡La insigne leyenda!
¡La historia, con rayos escrita,
del pueblo español!

LOS «EXPRESOS»



LOS «EXPRESOS»

Al Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez.

Es en Mayo, mes florido,
mes de Sol y mes de amores;
mes de gozos inefables
en los Cielos y en la Tierra;
mes que viste, que embellece,
que engalana con sus flores
las vastísimas llanuras,
los bellísimos alcores;
las cañadas rumorosas
y las cumbres de la Sierra.

Los *expresos*, cinco expresos,
 á la Corte se encaminan,
 á los tibios resplandores
 de la luz de la mañana.
 Los *expresos*, cuán gozosos,
 á la Corte se avecinan,
 por los campos, tan ilustres,
 de la tierra castellana.

Yo los miro desde un punto,
que supongo, sobre el cielo;
claro punto, mi atalaya,
mi refugio, mi retiro.
Yo los oigo, trajinando,
rechinando contra el suelo.
Yo los oigo, rebramando.
Yo los oigo... Yo los miro...
¡Con transportes de impaciencia!
¡Con transportes de alegría!
Como son, y cual los finge
la impaciente fantasía.

Yo los miro, los admiro,
desde el punto misterioso
donde encuentran mis dolores
un momento de reposo;
donde el mundo, tan distante,
no perturba, sí respeta,
mis caprichos, mis ensueños
y mis sueños de poeta.
Los admiro, tan veloces,
por el Sol iluminados,
que los baña con la lumbre
de sus mágicos reflejos.
¡Tan airosos, tan felices;
tan bruñidos, tan dorados!
¡Cómo corren! ¡Cómo acuden!
¡Cómo llegan desde lejos!...

El que parte, — cuán tendido,
cuán lujoso, — desde Francia,

con magníficos señores,
de magnífica opulencia.
El que viene, más humilde,
saturado de fragancia
por los frutos y las flores
de los huertos de Valencia.
El que vió tan altas cumbres
en el puerto de Pajares,
ó pasó del claro Miño,
¡dulce Miño!, por la orilla.
El que oyó, como entre sueños,
las canciones de dos mares,
y cruzó, como cantando,
por las vegas de Sevilla.
El que nace de un emporio;
de un emporio floreciente,
capital maravillosa
de la tierra catalana.
Todos llegan... ¡tan risueños!,
á la luz resplandeciente,
por el aire cristalino
de la límpida mañana.

¡Qué hermosura, Cielo Santo!
¡Cómo luce, cómo brilla,
la dorada superficie
de los campos de Castilla!
¡Cómo ciegan, cuál esplenden,
sus magníficas llanuras;
las de grandes, anchurosos,
infinitos horizontes!...
¡Cuán refulgen, como antorchas,
como faros, las alturas

Bajo el Sol, y á los reflejos
de sus luces placenteras.
¡Destrenzando por el aire
sus tendidas cabelleras...!

Todos vienen... Pasan todos...
Y á la Corte se encaminan,
en las rubias claridades
que los campos iluminan.
Son cual flechas disparadas,
con alientos de coloso,
desde puntos semejantes,
en un círculo grandioso;
cinco flechas, impulsadas
por designios soberanos,
desde puntos que se miran,
ó se oponen, muy lejanos;
grandes flechas, portentosas,
por los cíclopes forjadas;
contra el centro dirigidas,
que requiere sus miradas;
cinco radios que relucen,
y que vuelan á su encuentro;
cinco flechas que coinciden,
que se buscan en el centro.

Si se apartan de sus rumbos,
por instantes, de repente,
bien corrigen sus descuidos;
bien se buscan nuevamente.

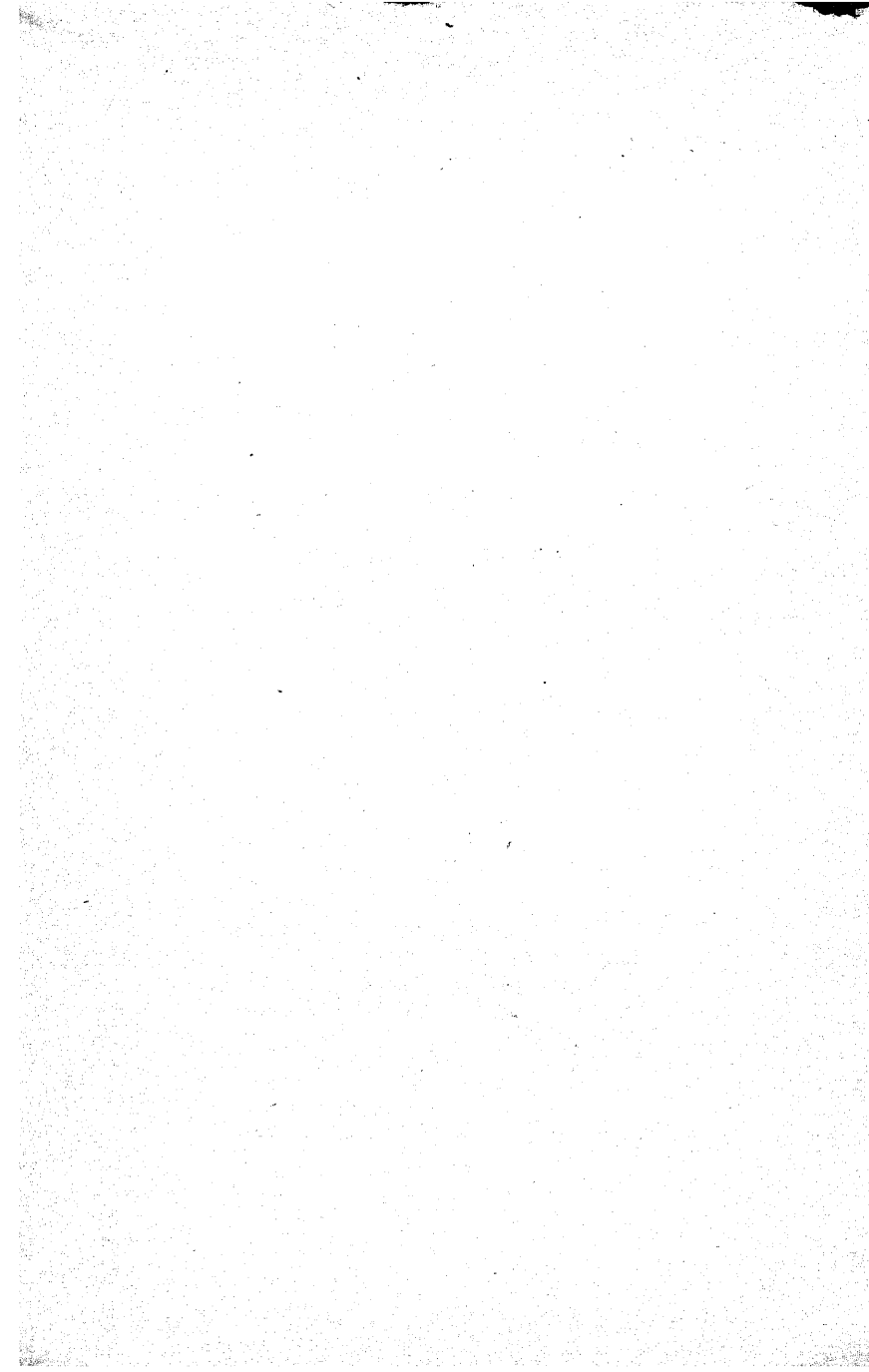
Ya se acercan los *expresos*.
Ya se acercan á la Corte.

Sobre el blanco, ya coinciden.
Ya se juntan, en su Norte.
Con que templan sus audacias,
las audacias de su vuelo :
refrenando sus impulsos,
rechinando contra el suelo.
Dicen todos el anhelo
de una vida : la de España;
con sus grandes intereses,
con sus grandes ambiciones.
Han corrido la llanura
y han cruzado la montaña
de sus fértiles dominios,
de sus múltiples regiones.
Llegan todos, tan alegres,
desde playas españolas.
Han venido por frondosos,
polvorientos olivares,
ó por montes, de profundos
y selváticos pinares,
ó por campos donde el trigo
se rellena de amapolas...
¡transmitiendo los saludos
y los cantos de las olas,
á las tierras interiores,
desde el fondo de los mares!

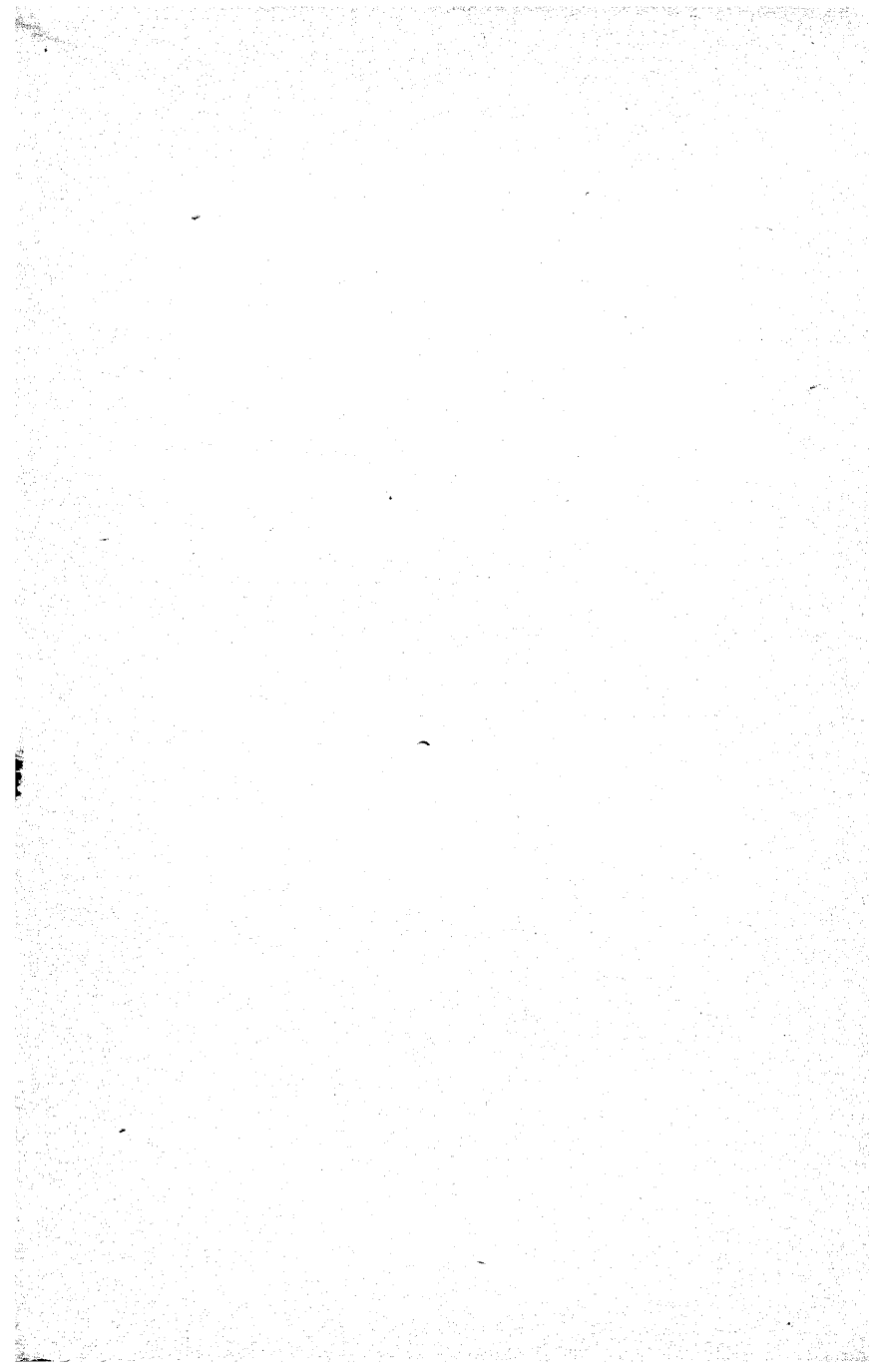
Son los signos del Trabajo
que pregonan sus progresos;
de la lucha que prosigue,
de la lucha que se entabla...
Es la fuerza, redentora,
providente, quien nos habla

con la fuerza y el empuje,
con la voz de los *expresos*.
¡Salve, salve, los *expresos*;
tan felices, tan osados;
tan veloces como flechas,
por el Sol iluminados!
¡Salve, salve, los *expresos*,
que cruzáis por las llanuras,
por los valles ó los montes
de la tierra castellana!
¡Yo os saludo con mis cantos,
en la paz de las alturas,
en la gloria de los cielos,
y á la luz de la mañana!

¡Sois la vida del Trabajo,
tan intensa, tan hermosa!
¡Sois la vida de mi Patria!
¡Sois mi Patria, tan querida;
— noble Madre de valientes;
dulce Madre, dolorosa; —
que resurge, que revive,
porque nada la intimida!
¡Sois la Fuerza, noble y pura,
que ni teme ni reposa;
que es el bien de las Naciones
y es la fuente de la Vida!



ESPAÑA Y CERVANTES



ESPAÑA Y CERVANTES

(1905)

Reinaba Mayo. Conmemoraba Madrid, en el centenario tercero, la publicación del *Quijote*.

Y en una fiesta magnífica, sobre la escena del Teatro Real, ante un busto ingente de Cervantes, obra de Mariano Benlliure, María Guerrero, la incomparable actriz, que daba portentosa vida á la figura de *España*, declamó un canto de homenaje.

Lector: si viste en tales momentos á la excelsa artista, no habrás olvidado seguramente la suprema beldad de su arrogante figura, con señoriles paños vestida, rematada por alta y radiante corona. Si escuchaste entonces aquella voz, de acentos celestiales, sabrás bien hasta qué punto puede tener la voz humana la vibración de las voces angélicas.

María fijó sus miradas en la imagen del glorioso escritor. Y habló con estas palabras...

.....
.....
¡Oh príncipe de príncipes! ¡Oh ingenio
que entre ingenios altísimos descuellas,
como entre grande multitud de cumbres
la más alta y gentil! ¡Oh predilecto
de las musas y orgullo de los hombres!
¡Oh primer español, más que ninguno
por su propia grandeza soberano!
¡Cervantes, inmortal!

En estas horas
de universal apotëosis, días
de homenajes á ti, pueden mis penas
hacer un alto. Reposar consigo
en mi calle de duelos y amarguras,
y á ti convierto la mirada ansiosa,
y á ti van mis anhelos, mis ideas,
como bandadas de impacientes aves,
¡y te canto, y te invoco! Mis acentos
los de tu madre son, ¡la madre España!
De improviso, disípanse las sombras
que me cercan ha tiempo; las angustias
que me atormentan, de improviso ceden.
Como desgarra el lúgubre nublado
que encapotó la sierra, penetrante
rayo de sol, y en la nevada cima
pone un beso de luz, ¡rasgando nubes
llega á mi frente un rayo de tu gloria!,
y en torno á mí, por obra de tu genio,
retoñando con noble lozanía,

¡difunde su calor el Entusiasmo,
y derrama sus flores la Alegría!

¡Ah! ¡Quién hiciera que mi voz, potente,
por los aires sonara, y resonara,
con las vibrantes cláusulas de un himno!

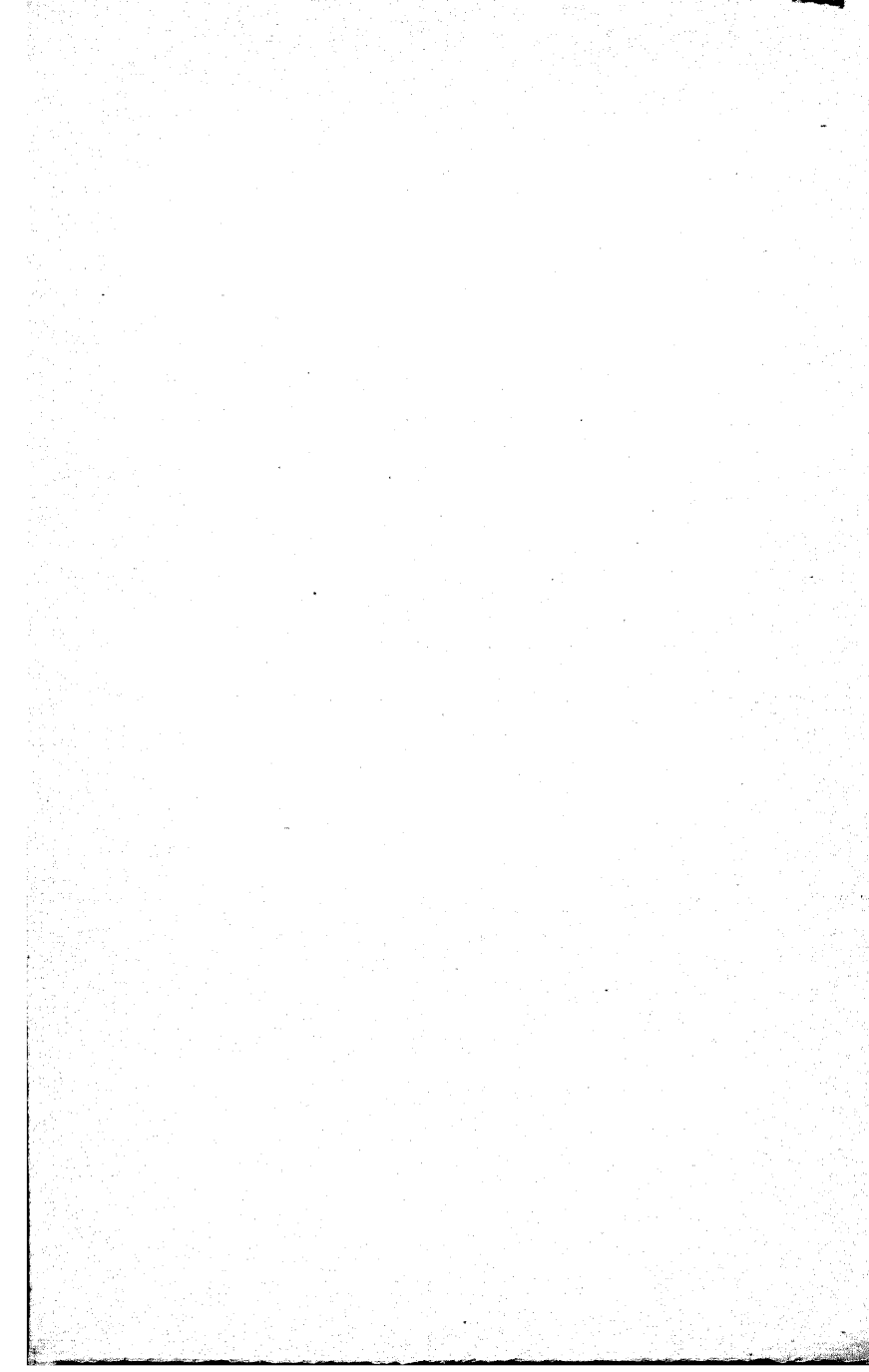
¡Salve, creador del peregrino hidalgo!
¡Salve, creación del peregrino ingenio
más que ninguna portentosa: triste,
soñador, valeroso Don Quijote!
¡Oh dechado sin par de la hidalguía!
¡Oh flor de los andantes caballeros;
— en las lides guerreras cuán vejado,
y en los lances de amores cuán herido; —
loco genial, en quien hallaron siempre
su enemigo implacable la injusticia,
y el Idéal su paladín!

¡Figuras
del áureo libro, corte pintoresca
del adalid manchego! La de Sancho,
con la cara jovial, llena de risa,
los ojos vivos, la redonda panza,
calada la montera, y en la mano,
fuerte y velluda, la inexhausta bota.
La de la ingrata... ¡ingrata Dulcinea!
No la que vió por sus humildes campos
el Toboso correr, sino la blanca
Princesa virginal, blanca y *fermosa*;
¡tal como en sueños la adoró el hidalgo!
Las del agudo Bachiller, y el Cura,
y Maritornes y el Ventero... ¡Todas!

¡Las que del Arte recibisteis vida,
y ennoblecéis con vuestra vida el Arte!
Forma tomad, y aliento, y al reclamo
de mi voz acudid, ¡voz de la Patria!
¡Naciones, mis hermanas las naciones!
¡Mis hijos! ¡los hermanos de Cervantes!
¡hijos de España! Celebrad á coro,
con la gloria de un libro, la de un hombre;
¡con la gloria de un hombre, la de un pueblo!
¡¡con la gloria de un pueblo, la de un mundo!!
¿Dónde más pura ni mayor victoria?
¡¡Cantemos á Cervantes y al *Quijote*
con un himno triunfal : el de su gloria!!

.....
.....

GRANADA Y ZORRILLA



GRANADA Y ZORRILLA

EN LAS FIESTAS DE LA CORONACIÓN
(MAYO DE 1889)

Á Andrés Vázquez de Sola.

I

Desde los años felices
de su juventud lozana,
que ya borran á sus ojos
las nieblas de la distancia,
— ¡tiempo de gratas visiones
y de locas esperanzas! —
cuánto, sin querer, — Zorrilla,
su gran trovador, — vagara,
por anchos mares remotos,
por grandes tierras lejanas,
sin retornar á los cármenes
que con afán le aguardaban;
sin requerir los favores
de su musa legendaria
bajo los bosques floridos
de la vega de Granada.

Los jardines hechiceros
del recinto de la Alhambra,

los vastos y policromos
aposentos del alcázar,
el patio de los Leones,
el baño de la Sultana,
el primoroso y risueño
camarín de Lindaraja;
salones y galerías,
alminares y murallas...
le vieron cruzar, entonces,
llena de ensueños el alma;
buscando bajo los árboles,
persiguiendo en las estancias,
las sombras, desvanecidas,
de su leyenda fantástica :
Boabdil, en duelo y en llanto;
melancólica, Moraima;
Kaleb, sumiso; terrible,
ciega de rencores, Aixa.
¡Cuán dulces horas, las horas
de Zorrilla, consagradas
á la evocación sublime
de hermosísimas hazañas,
tan grandes, que parecieron,
con ser realidad, soñadas!
Corrieron, pronto, los años
de la ausencia y la desgracia,
sin que Zorrilla volviera
para el Darro sus miradas.
En vano, fuentes, jardines
y palacios le llamaban;
en vano, las tristes sombras
de Abul Hacén y Zoraya.

Huérfano, Generalife,
de su cantor entusiasta,
suspiró con harto duelo;
huérfana quedó la Alhambra;
mas, aunque lejos Zorrilla,
lánguidos aires cantaban,
— donde las dulces cadencias
de sus estrofas sonaran, —
cuanto le dijo su Musa
bajo el cielo de Granada.

II

¿Por qué los mil surtidores
de las árabes albercas
lanzan sus aguas copiosas
en son de mágica fiesta?
¿Qué lisonjeros anuncios,
qué misteriosas promesas,
á la Alhambra, desde lejos,
el aire del monte lleva?
¿Qué susurran por las noches
las ramas de las florestas,
que al soplo de blanda brisa
dijérase que se besan?
¡Oh, jardines deleitosos,
y bosques, los de la Vega!
¡Oh, Granada peregrina,
de su amor señora y dueña!
¡Oh, Alhambra maravillosa,
que te dueles de su ausencia;
encantado paráíso

del ensueño del poeta!
¡Vuestro cantor os requiere!
¡Ved que torna! ¡Ved que llega!

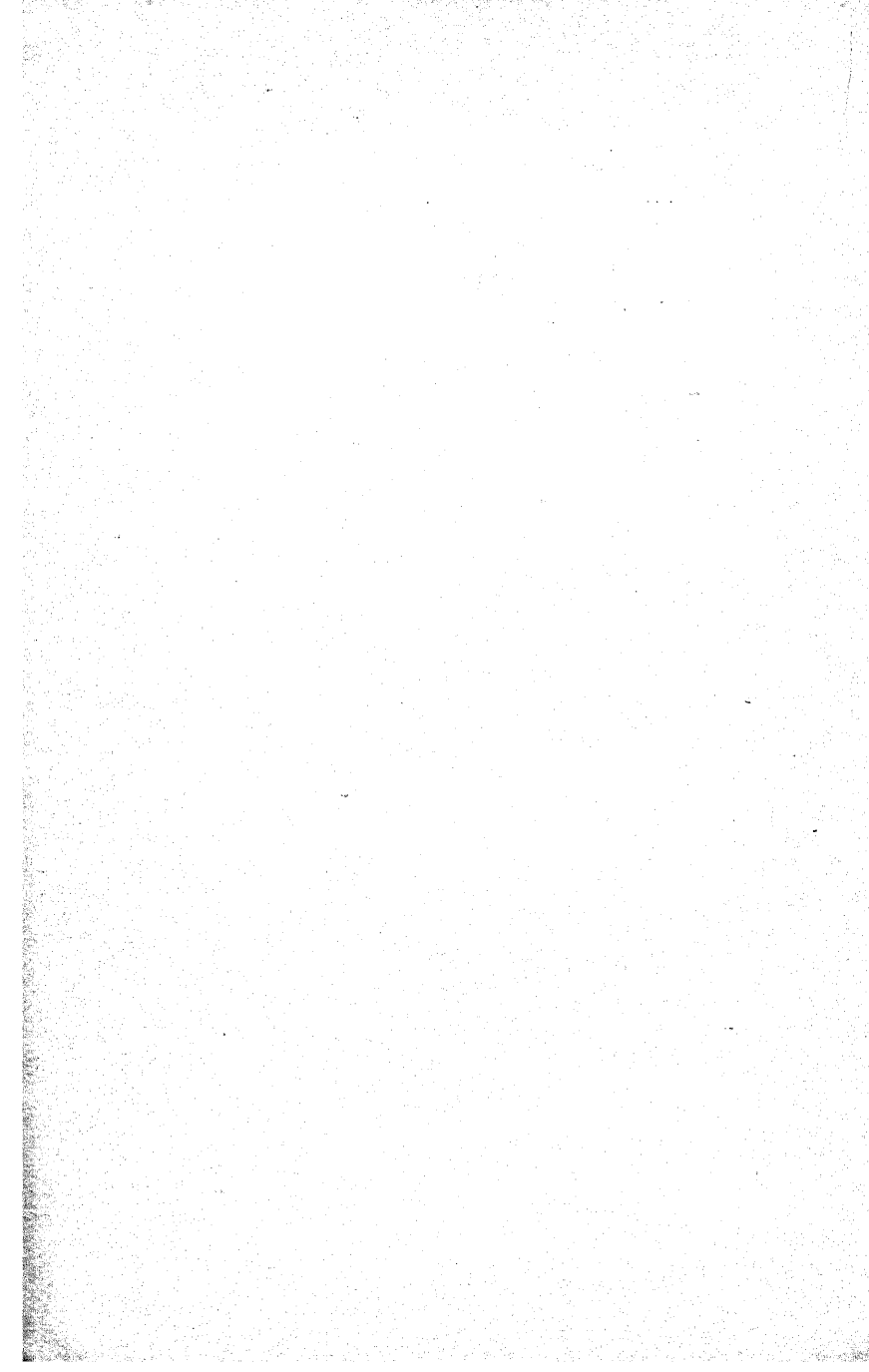
Ni el invierno de su vida,
ni sus azares y penas,
un solo punto nublaron
el cariño que os profesa.
Con los grandes infortunios,
ansias del amor aumentan,
como las llamas se crecen
cuando los vientos arrecian.
¡Es el mismo! Tembloroso,
para miraros, se acerca.
¡Joven! ¡Cuán joven! Por gracia
que el Sumo Dios le dispensa.
¡Las almas nobles disfrutan
de juventudes eternas!
¡Vuelve con los entusiasmos
de sus estrofas primeras!
¡Vuelve con las armonías
de sus canciones aquéllas,
á las noches de la Alhambra
y á sus árabes leyendas!
Como la flor á los cármes,
vuelve con la primavera.

Más que con altos honores,
ditirambos y zalemas,
en el rendido homenaje
que España toda le presta;
más que con vítores altos,
más que con ricas diademas...

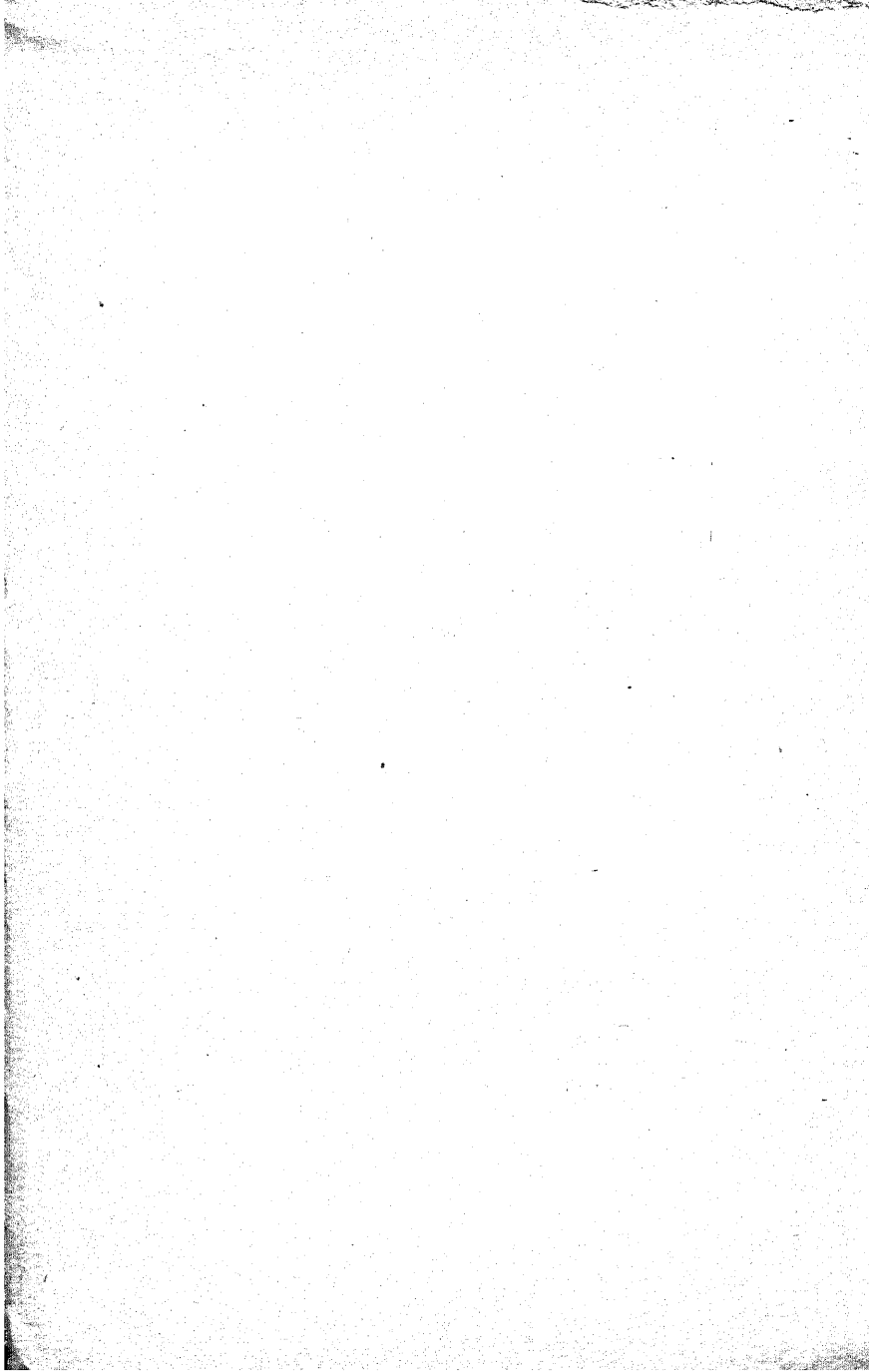
más se complace, de fijo,
— tal se complace quien sueña, —
con volverte á ver, ¡Granada!,
sobre tu fecunda vega;
como Sultana que duerme
sobre alcatifas soberbias.

.....
.....

Cesen vítores y cantos;
concluyan zambras y fiestas,
y en el propicio misterio
de las noches que se acercan,
— mientras los rayos tranquilos
de la blanca luna llena
cuelguen su red de reflejos,
argentando la floresta, —
dejad que de nuevo suba;
dejad que suba *el Pöeta*,
¡para cantar á su Alhambra
sus amorosas endechas!



EL GRAN DÍA DE LEPANTO



EL GRAN DÍA DE LEPANTO

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero...

(FERNANDO DE HERRERA: *Por la
vitoria de Lepanto.*)

Cantemos, sí. Cantemos.
Al grave son, magnífico,
de las aguas batidas por los remos,
salpicadas de luz... ¡Oh, magno día!
¿Con cuál favor tus hechos cantarías?
¿Cómo tu grande, tu solemne espanto?
¿Con qué robusto canto,
grande Triunfo, solemne, de Lepanto?
La media Luna, rota,
bajo la Cruz, se humilla.
Brilla la Cruz, espléndida, remota,
¡sobre las aguas!... ¡Brilla,
sobre los aires!... ¡Flota!
Brilla con resplandores
clarísimos, cuán puros.

Con sus rayos mejores,
más que nunca seguros.
¡Cantemos al Señor! ¡Con himno mágico!
¡Frente á las naves de la Santa Liga!
¡Sobre las ondas, las del golfo trágico,
cantemos al Señor! ¡Él nos bendiga!

*Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra
salud y gloria nuestra...*
¡Tú! ¡Tú, mi Dios, en quien adoro y creo!
Ora el combate su furor nos muestra.
¡Lo jurara! ¡Lo veo!
Por obra, — que bendigo, —
de visión providente, lo consigo.
No. No luchan, tan sólo, dos naciones,
tras fieras amenazas,
por locas ambiciones.
Combátense dos razas.
Luchan, en lucha impía,
la tiniebla, tan fría,
la luz del Sol, ardiente.
¡Batallan frente á frente!
Batallan la Verdad, noble y eterna,
y el vil Error, vitando,
que engaña con su error, cuando gobierna
con torpe, duro mando...
Batallan y batallan,
mientras las bocas rugen
que tanto fuego, por doquier, vomitan;
mientras fuegos estallan,
mientras las naves crujen,
mientras sus hombres, iracundos, gritan;
en gran combate horrendo,

que al mismo Sol conmueve;
con un terrible estruendo,
que rompe, sin cesar, el aire leve.

Bajo nieblas del humo, desgarradas,
desgárranse también las dos Armadas;
mientras deslumbra, al brillar en ellas,
— rayos de muerte, — lívidas centellas.
Me aturde el formidable cañoneo.
Me aturde el clamoreo
de las gentes que luchan,
y que al luchar, bravísimas, lo escuchan;
el fragor con que atruenan
los disparos que suenan y resuenan...
¡Todo lo escucho, sí! Todo lo miro,
bajo la gran neblina, pavorosa,
del humo, largo y denso,
que á tanta nave, bajo el Sol, acosa;
que el golfo cubre, bajo el Sol, inmenso;
cuando la nube, que sangrienta sube,
se desgarrá á mis ojos
con resplandores vívidos y rojos;
cuando la entraña de la roja nube,
trémula ya, se parte;
cuando surge tras ella, tras sus velos,
sobre sus anchos, refulgentes cielos,
la roja faz de Marte.

Surge también un bélico estandarte,
sobre galera del Señor cuán fijo.
Por él, en campo azul, sus brazos tiende
radiante Crucifijo.

Cual nuevo Sol esplende.
Con luz de estrella guía.
No, sin luz, su Armada vencería.
Con él, por él, un himno de victoria,
dictado por la Gloria,
pronto resonará, de nave en nave,
por las naves cristianas;
himno rotundo, venturero, grave,
que en gozosas mañanas
dirán desde los templos las campanas.

Plácido mar temblaba de alegría
cuando llegó para su bien el día;
claro día, sereno,
del Otoño feliz; de encantos lleno.
Claro Sol, por Oriente,
sus ansias delató, cuán impaciente.
Doró con sus fulgores,
vistió con sus colores,
naves, sin fin; maltesas,
romanas, genovesas,
españolas, en fin, y venecianas;
duras, grandes, ufanas.
Sobre las limpias y celestes olas,
encantaron al Sol las españolas.
¡Por bizarras, por lindas, por gentiles!
¡Por sus frescos encantos juveniles!
¡Por el gentil donaire
con que dieran sus flámulas al aire!
Cierta bravo Don Juan, de excelso nombre;
perfecta copia, singular, del hombre
más dotado por Dios, las dirigía.
Con que, mirando naves tan hermosas,

sus tintas más risueñas, tintas rosas,
les regaló, sin vacilar, el Día.

Pronto los buques, en que el odio late
contra el infiel, volaron al combate.
Buscaron, descubrieron en su asilo,
donde buscó guarida;
sobre el golfo tranquilo,
y al amparo del golfo recogida,
— con naves muchas, fuertes, —
á la temible Armada
del temible Selim; á tantas muertes
y á tantos infortunios condenada.
Y el combate empezó; duro, sangriento.
Y el combate siguió; largo, violento...
Y el gran combate sigue. ¡No deliro!
Bajo la gran neblina, desgarrada,
del humo denso, por el Sol dorada,
lo descubro, ¡lo miro!...

Con fuego tanto, las opuestas flotas
ya se combaten, rotas.
Batallan y batallan,
mientras las bocas rugen
que tanta muerte, sin cesar, vomitan;
mientras fuegos estallan,
mientras las naves crujen,
mientras sus hombres, iracundos, gritan.

«¡Bien, cristianos, luchad! ¡En grande justa!
¡Dios mira por vosotros! Famagusta
venganza pide, y á los aires lanza
lamentos que la imploran. Sus lamentos

os procuren alientos
de valor, de firmeza, de venganza.
Por Dios lucháis; por que se imponga al cabo
la Santa Ley de Dios; por que recobre
su santa libertad el mundo esclavo;
sin Él, indigno, pobre.
¡Luchad! ¡Luchad!»

Las naves se acometen
con más empuje; sin que ya, por ello,
nada miren, ni sufran, ni respeten.
Los disparos atruenan.
Los disparos que suenan y resuenan...
Sobre naves tan hoscas y bravías.
¡Desde tantas opuestas baterías!
Los largos alaridos
de los tristes heridos.
Las voces tan feroces,
— ¡oh, magníficas voces!, —
que más valor infunden;
altas voces, ¡tan altas y vibrantes!,
que retumban y cunden
como gritos de trémulos gigantes.
¡Oh, cuadro sin igual!

En una fiera,
castellana galera,
lucha noble guerrero;
por las trazas valiente caballero.
Lucha, bien esforzado;
como quien más, osado;
como quien más, certero.
Tiene vigor de roble.
Su espíritu viril, robusto y noble,
tiene temple de acero.

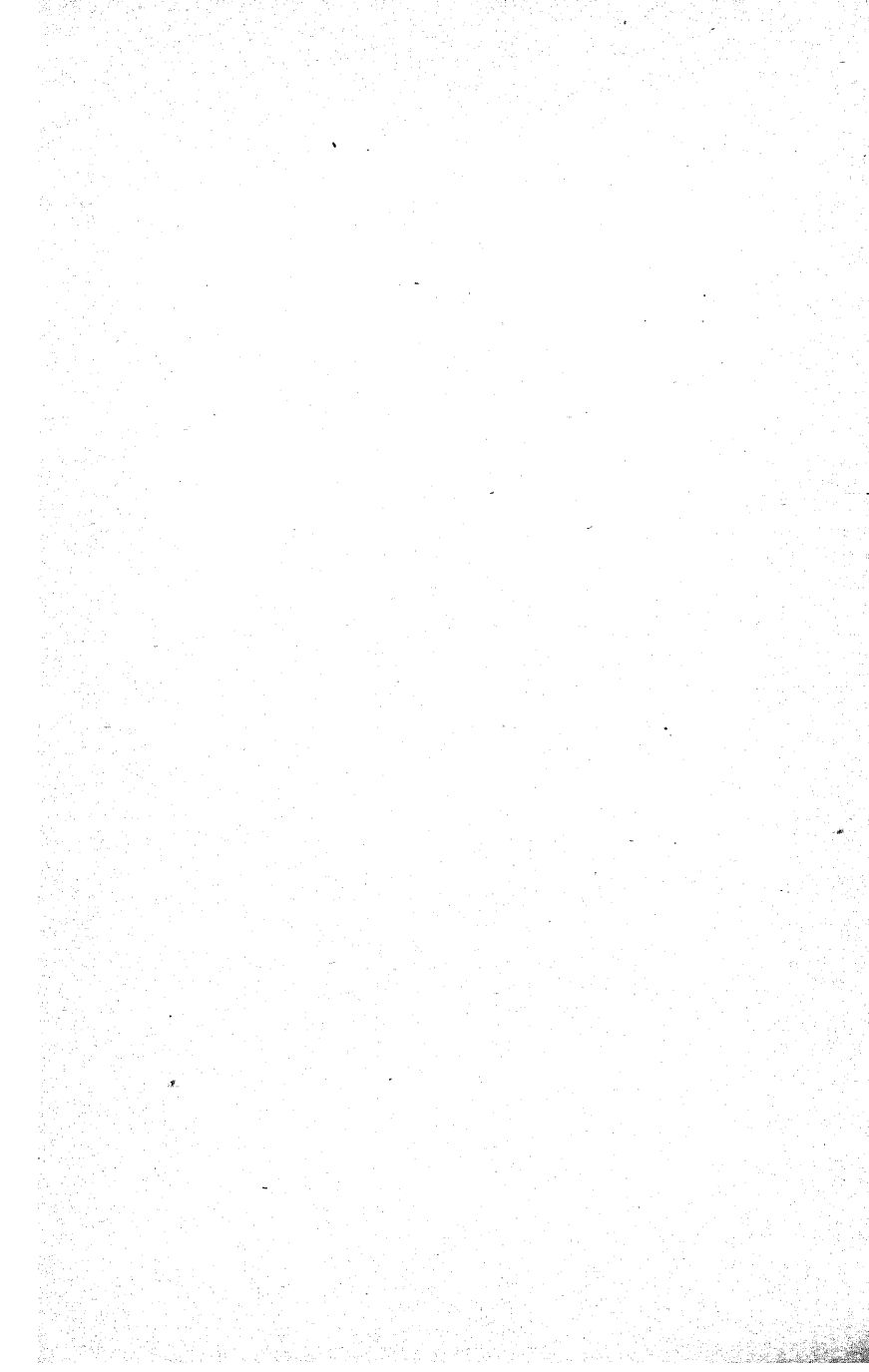
Cruda, fatal herida,
rasga su izquierdo brazo. ¡Poco importa!
Que no, por ello, corta
Parca fatal el hilo de su vida.
¡No ha de morir! El Cielo
que le apresta consuelo
no lo consentirá. ¡Feliz destino
le aguarda, bienhechor, en su camino!
Por tierra de Castilla,
la su tierra natal, *noble y sencilla*;
por campos de pardillos y zorzales,
entre vides y pródidos trigales,
un otro caballero
lo espera con amor; por que conciba
con su amor esperanzas;
por que al fin se conozcan; por que escriba
guerrero tal, de condición tan viva,
del otro caballero las andanzas.
¡No morirá guerrero tan osado,
del Turco vil bajo el brutal azote!
¡Lo ampara Dios, su Dios!... ¡Está á su lado
la sombra del futuro *Don Quijote*!

Las naves capitanas,
las naves soberanas,
atácanse, por fin, cual dos tormentas;
iracundas, sedientas
de sangre, por doquier; entrambas locas;
¡con crujidos de rocas sobre rocas!
Sus hombres se entrelazan,
en tanto se arremeten.
¡Para matar, para morir, se abrazan!
¡Sólo muertos, al cabo, se someten!

Ya Santa Cruz y Requeséns acuden.
Ya ni los turcos, — ¡vivan y lo vean!, —
del triunfo cierto que los vence duden.
¡Por él, al cabo, redimidos crean!
Su semi-Dios ilustre, su Almirante,
ríndese ya, ¡por fin!, agonizante...
¡Gritos mil, de victoria,
vibran y vibran por doquier! ¡La Historia
recogiéndolos va! ¡Solemnes gritos,
oh cuán altos, gozosos y benditos!
¡Oh, triunfo del Señor! ¡Oh, magna gloria!

¡Venció la Santa Liga!
¡Cantemos al Señor! ¡Él nos bendiga!
¡Cantemos! ¡Alabemos
sus designios supremos,
sus designios profundos!
¡Sobre naves guerreras y españolas
cantemos al Señor! ¡Canten las olas!
¡Los cielos canten ya! ¡Canten los mundos!

EL BUEN POETA



EL BUEN POETA

Montes de Tozo, Noviembre de 1909.

Vuelve á mis manos obra peregrina
de Gabriel y Galán; áureo tesoro.
De nuevo me acorred, églogas puras,
de tan rústico olor; ramos de rosas!
Y en esta augusta placidez del monte,
y al buen amor del encinar bravío,
— bajo el influjo bienhechor del aire
que da salud, — me conmoved de nuevo.
Sonad, en tanto, para mí, las notas
del jovial, inocente caramillo.
¿Qué música mejor para la letra
de tan dulces, dulcísimas tonadas?

¡Ah, refugio del campo, que transmites
paz del Edén! ¡Ah, trémulas canciones,
que tenéis el candor, la gallardía,
la salud de las vírgenes del campo;
los tempranos hechizos de sus cuerpos,

las gracias naturales de sus rostros,
la amenidad risueña de sus voces,
la frescura campestre de sus risas!

¡Ah, cantor de la tierra castellana,
más castellano que los rubios, densos
y generosos trigos, que recubren,
bajo el sol estival, con rico manto,
— y en largas ondas, del color del oro, —
su campo, tan feliz, profusamente!

Tú, salmantino; tú, que nos mostraste
la copia fiel, en típica figura,
del discreto varón, feliz por serlo;
tú, que tuviste la salud perfecta,
doble, por tanto: la que da sus bríos
al cuerpo vil, y la que infunde al temple
del ánimo del hombre su lozana
varonil robustez, imagen fuiste,
por designios de Dios, del buen poeta.

Todo en tu sér resplandeció, por obra
de la Divina Gracia, con destellos
de pura claridad. Tú predicaste
virtud con tu virtud, fe con la tuya.
Las excelencias del hogar cristiano,
con las grandes y santas excelencias
de tu hogar apacible, ¡nido y templo!
Y el amor á la Patria. Y el cariño
por el pródigo campo, tan solemne,
donde rodó, pobrísima, tu cuna:
campo insigne, de grandes horizontes,
por que en serenos, anchurosos aires,

puedan las almas espaciar, á gusto,
sus íntimos sentires sosegados.

Este, que hoy miro, campo sigiloso,
que pueblan á millares las encinas,
de tan mate verdor; que me recoge,
como en regazo tierno; que permite
que distraiga mis ojos, largamente,
por sus verdes y ricos altozanos,
—mientras me infunde, con intensos goces,
una inefable sensación de calma, —
bien al tuyo, tan noble, se asemeja.

Por él me represento que á mis ojos
van á surgir las clásicas figuras
de tus fragantes églogas : pastores
de gran talante, vaquerillos simples,
zagalillas en flor, ¡oliendo á rosas!...
Las que tú describiste. No copiadas
por un arte servil. Hijas robustas
del Arte y la Verdad.

Bien me imagino
que el menudo sonar de las esquilas
que mi atención requiere, tan despierta,
llégame, sin cesar, de los rebaños
que tú miraste, con amor tan hondo;
que tú pintaste, con pincel tan diestro.
Que pasan, tus rebaños, por mi monte.
Que son los tuyos los que aquí me buscan
tan lozanos y alegres, todavía;
los mismos tuyos, porque tú les diste
vida inmortal, con que disfruten ellos.

Y en tanto, gozo. La lectura sigo
de tus dulces, dulcísimas tonadas;
de tus bellas, bellísimas canciones.
Y un penetrante aroma, deleitoso,
me regala su bien, y el pecho mío
con ansiedad lo siente, y lo respira.
¿Es regalo, quizás, del propio monte?
¿Quizás regalo de tus puros versos,
que á campo huelen, como el monte mismo!

Lejos de aquí, muy lejos, por ventura;
— bajo cielos brumosos, taciturnos;
en densos aires, corrompidos, pobres,—
los vates cantan del pensar vitando;
los vates yerran del sentir morboso;
maldicientes, y falsos, y blasfemos.
Los pálidos juglares. Los cantores
del vicio corruptor. Los que en ajada,
doliente meretriz hallan su Musa.
Los que inspiran sus *trovas* en el vino
del burdel y la tasca. Los que excitan
los instintos ajenos, torpemente,
con su impura neurosis, contagiosa.
Los que matan en flor el vivo anhelo
del afán de vivir, el hondo encanto
de los afectos grandes, la esperanza,
— ¡supremo bien!; — ¡los torpes enemigos
de la Fe, del Amor, de cuanto puede
purificar y ennoblecer la Vida!

Nunca más, nunca más, sus agrias voces
me inquieten, me conturben. Hartos males
sufrí por ellas en horribles tiempos.

¡Ah, mis insomnios!... Ora me respeten.
Ora, que en estas soledades busco
tan sólo paz; el único, posible,
dulce consuelo por que ya suspiro;
con que mis graves penas asosiegue.

Rugen, agora, sobre el suelo patrio
vientos de tempestad. Rotos los frenos
que á toda vil procacidad contienen,
pregonan ya sus venideros triunfos
los siervos del Error, los adversarios
de toda Ley, de toda Disciplina,
de toda Autoridad; los que conciben
la existencia sin Ti, Dios de los Orbes;
— ¡oh, locura, compendio de locuras!; —
hoscas, terribles, anhelantes fieras
que sueñan, sin cesar, con el momento
de herir al domador.

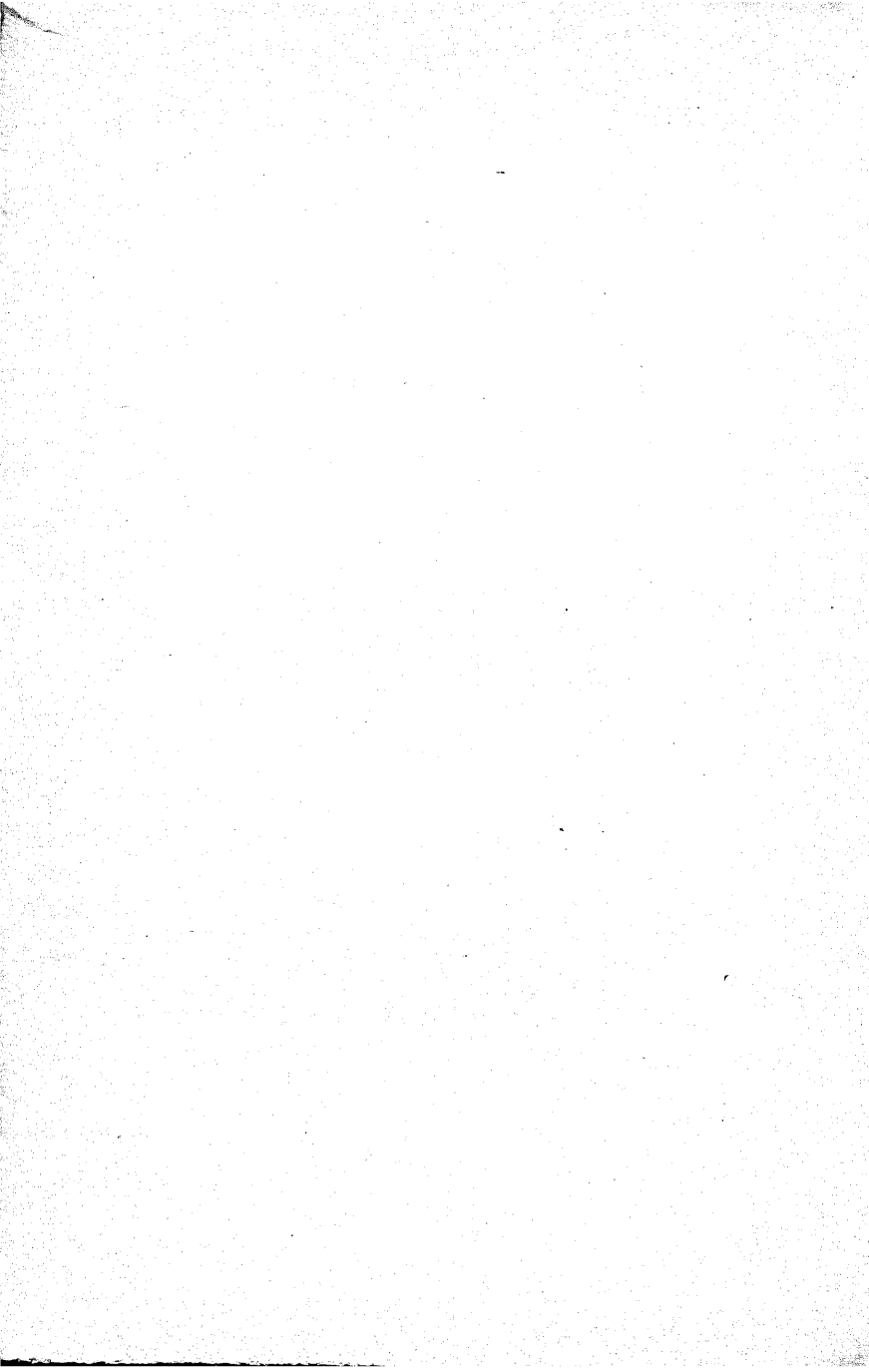
En tales horas,
ni al claro nombre de español aspire
quien no se apreste para el gran combate;
para morir, si Dios lo dispusiera,
por la Patria, por Dios.

¡Y en horas tales,
honda, perenne postración me rinde;
con que en vano procuro que mis fuerzas
á mis ánimos grandes correspondan!
¡Sonaran los acentos insistentes
del clarín, como nuncios del combate,
y en vano, en vano, batallar querría!
¡No concibo más bárbara tortura!

Pueda, al menos, oh Dios, desde el retiro
donde mi mal sujétame, servirte
con el débil aliento que me resta.
Si no la espada, válgame la lira.
Valerosos resuenen sus acentos,
y en trance tal para la Patria vibre
sus versos mi canción. ¡Tal como lanza
rayos la tempestad! Ellos traduzcan
mi vehemente sentir. Ellos proclamen
la excelsitud de Dios. Ellos prediquen
el amor á la Patria. Digan ellos
mis raigadas, mis íntimas ideas;
con toda la efusión de mis amores,
con todo el arrebato de mis iras;
con cláusulas de fuego, rutilantes
como chispas del Sol.

Sé, complaciente,
mi Musa, tú, destello venturoso
de la Divina Lumbre, siempre clara;
tú, cantor, castellano, de Castilla;
de voz tan pura, de virtud tan neta;
tú, modelo del noble ciudadano;
tú, cristiano, por Dios; tú, ¡buen poeta!

CANCIÓN PARA NOCHE-BUENA



CANCIÓN PARA NOCHE-BUENA

Al soldado español.

Finaba el año 1909. Las fiestas de *las Pascuas* llegaban á largo andar. Muchos miles de soldados, compatriotas nuestros, disponíanse á pasar la *Noche-Buena* lejos de sus cariños, apartados de sus hogares, en las tierras inhospitalarias del Rif.

Dos artistas, nobilísimos é insignes, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, pensaron con amor en ellos. Y organizaron una función espléndida, para convertir sus productos en diversos *aguinaldos*; obsequios y finezas bien debidos á tan bizarros mozos españoles, sujetos por el deber á todos los rigores de la disciplina y á un forzoso alejamiento de sus tierras natales.

Tan generosa iniciativa despertó bien pronto gratos ecos y fué coronada por el éxito más feliz.

La Real familia prestó á la artística solemnidad, desde

el primer momento, el concurso de su presencia. La más aristocrática sociedad de la Corte llenó los palcos y butacas. En los asientos de los pisos altos se acomodó una representación muy lucida de la guarnición de Madrid.

Los artistas del Teatro de la Princesa interpretaron, á las mil maravillas, una encantadora comedia de D. Pedro Calderón.

Después tocó el turno á una lectura de poesías.

Fernando Mendoza adelantóse al proscenio, y recitó, de un modo admirable, los versos que siguen...

I

Soldados de España, que en tierras del Rif
veláis por el nombre del pueblo español;
soldados heroicos de España : salud.

¡Oh, fiestas sublimes! ¡Oh, mágica paz
la paz que á los hombres prodiga sin fin,
tornando á sus lares, el Hijo de Dios!
¡Oh, Pascuas gozosas!

Diciembre, crüel,
— que es lóbrega tumba del año, fatal, —
por ellas, de pronto, se llena de luz.
Sus fiestas radiantes son fiestas de amor,
al vívido fuego que presta el hogar.
Mas, ay, que vosotros, en tierras del Rif,

soldados de España, — marcial juventud, —
ni hogar que os regale su fuego tendréis.

Habréis, por lo mismo, quien mire *por vos*;
con esa infinita, piadosa bondad
que busca en los goces ajenos su bien.
El Arte, la excelsa Poesía, que es sol
que á todos regala feliz claridad;
que á todos otorga sus dones, feliz,
si os manda saludos que os sepan á amor,
os brinda regalos que os plazcan también.

La clásica Noche, que es Buena, vendrá.
Los ojos, las almas, — con viva inquietud,
con vivos afanes de paz y de amor, —
en tierras de España pondréis, sin cesar.
Y entonces, ¡entonces!, quizá cantaréis;
con una profunda, viril emoción;
un llanto sintiendo correr, á la par,
que es llanto del alma, y es llanto viril.

¿Queréis que os designe, soldados, canción
que inunde las almas de bien? ¡Me escuchad!

II

En tal velada, memorable,
cantar debéis una canción
que yo os dictara si tuviera
mi voluntad inspiración.

Una canción rotunda y noble,
con una letra siempre igual;
mas que á la música ajustara
de sus amores cada cual.

Cada soldado, conmovido
por el recuerdo bienhechor
de la su tierra; preferida
por los anhelos de su amor.

Cuál á los sones del *sortzico*,
rústico, noble, todo luz;
quién á los cantos que prefiere,
todo pasión, el andaluz;

cuál, á las notas, adorables,
de *giraldilla* bien gentil;
quién, á las músicas hermanas
de dos hermanos : Miño y Sil;

cuál, á las otras que enajenan,
con tanto rudo, grave són,
por ambos reinos de Castilla,
por tierras nobles de León;

quién, al compás de la *sardana*,
con que reviva dulce ayer;
quién, á los ritmos de la jota
por que palpita de placer;

ya la que anima de Valencia,
de Murcia alegre, la región;
ya la que es canto de Navarra,
ya la que es himno de Aragón.

Así, las músicas diversas,
mas con un alma siempre igual,
—un sentimiento que en las almas
halla su puro manantial, —

mientras allá consuelos fueran,
que os aprestaran protección,
hasta la Patria llegarían
como una sola gran canción.

Una canción tan sólo, magna;
canto del pueblo, natural;
fiel expresión del ansia viva
del alma toda nacional.

Con una letra, clara y noble,
que cante á Dios con viva fe;
que cante á España, ¡tan gloriosa!,
de nuevo ya gentil, ¡en pie!

que al Rey feliz, Primer Soldado,
— signo de Fe, signo de Honor, —
tribute clásico homenaje
de pura fe, de puro amor.

Tal, oh soldados valerosos,
que en tanta ruda nueva lid
mostráis al mundo que la sangre
jamás extinguese del Cid;

tal, oh soldados, bien pudiera
ser, ante España, la canción;
con una letra para todos,
que habéis un mismo corazón.

Gaya canción, en Pascuas nuevas;
canción viril, canción marcial,
que tradujese toda el ansia
del sentimiento nacional.

Ella á la Patria llegaría,
como un mensaje, todo amor.
Donde las madres os esperan,
diciendo preces al Señor.

Donde las mozas os aguardan,
trémulas todas de inquietud;
las que os prometen sus amores,
en tan florida juventud.

Donde los campos que regara,
con tanto afán, vuestro sudor,
vuestro socorro solicitan,
como el del riego bienhechor.

Donde las clásicas iglesias,
— faros de Dios, fuentes de luz, —
¡abren á todos, en sus torres,
los firmes brazos de la Cruz!

Bien lo aprendisteis. En la Guerra,
santo deber os lo enseñó.
No es el vocablo *patria*, sólo
pompa sutil del habla. ¡No!

Dice, pregon, la grandeza
de una inmutable realidad;
con el poder irresistible,
deslumbrador, de la Verdad.

Como en el germen nacen juntos
los mil primores de una flor,
en el concepto de la Patria
latente vive todo amor.

Con tales nobles sentimientos,
flor exquisita del sentir;
con la memoria del pasado,
con la ilusión del porvenir,

bien es posible toda empresa
de alientos grandes, en verdad.
Sin ellos, pronto perdería
toda razón la Humanidad.

Bien lo aprendisteis en la Guerra,
con las lecciones del Deber.
¡Cuando volváis, decidlo á todos
cuantos lo deban aprender!

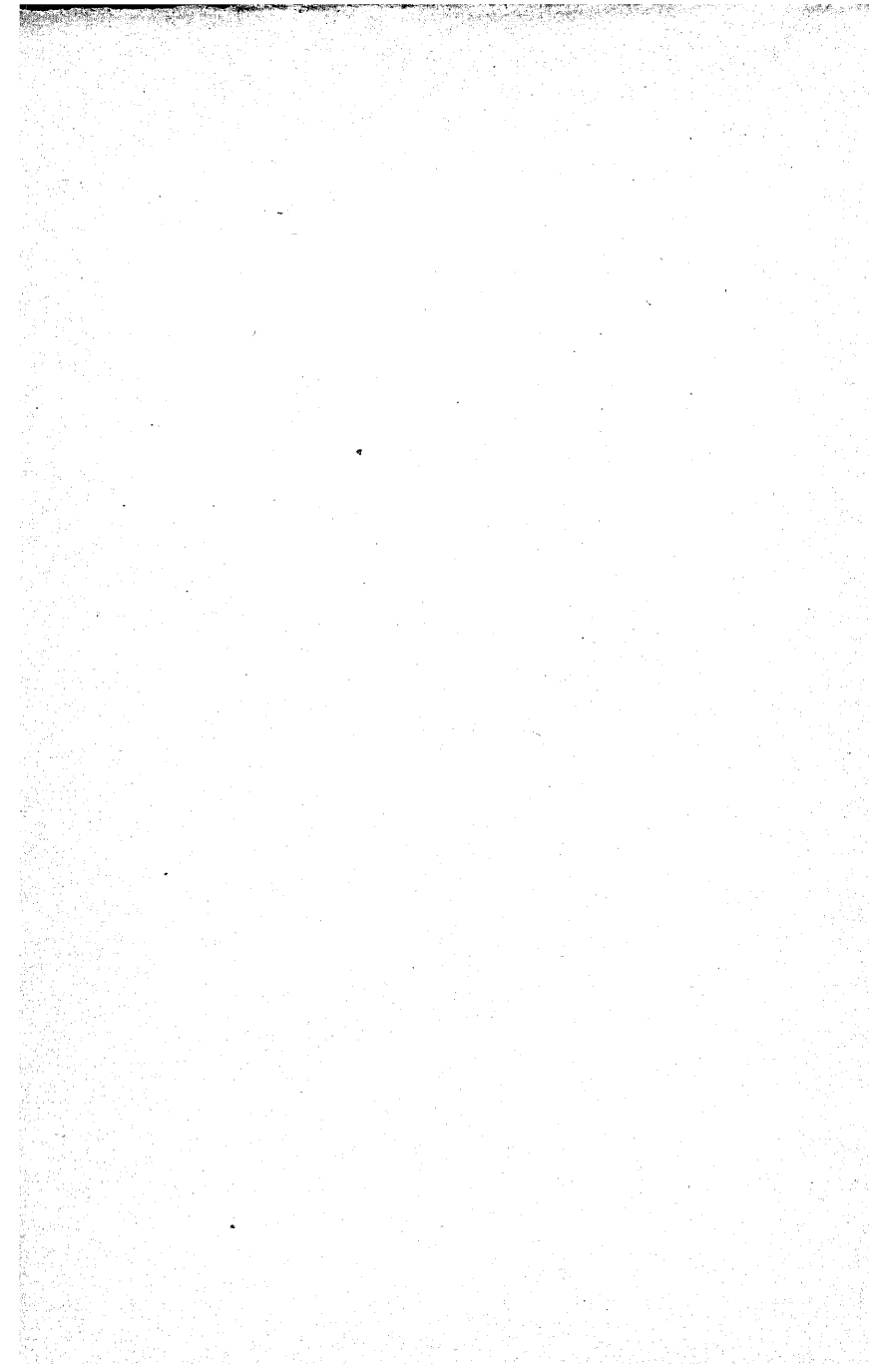
Decidlo á todos, con el fuego
de la raigada convicción;
con el lenguaje del cariño,
que sólo dicta el corazón.

Y en tanto llegan tales horas
desde esas cumbres lo cantad.
¡En altas voces! ¡Con el gozo
de quien proclama la verdad!

Canción feliz, de Noche-Buena,
que en gratas horas yo soñé;

canto de amor, — ¡de amor á España,
nobles soldados!, —
himno robusto de la Fe :
vibra feliz, y á España llega,
con varia forma, pero siempre
con un espíritu español,
y un «¡Viva España!» te corone,
que cruce el mar, ¡que llegue al Sol!

LOS SITIOS DE ZARAGOZA



LOS SITIOS DE ZARAGOZA

LA TORRE NUEVA

Á D. Mariano Miguel de Val:

I

¡Sitios, los de Zaragoza!
La Torre Nueva los vió,
sin que nadie los mirara
desde una altura mayor,
ni con ánimo tan firme,
por su firme condición.
Sólo, á veces, desde el cielo,
la luna, blanca de horror;
temblorosas, las estrellas;
rojo de cólera, el sol.
¡Siempre, y á mayor altura
que la Torre, sólo Dios!
¡Sitios, los de Zaragoza!
¿Dónde epopeya mayor?

Por algo, ciudad insigne,
tu sino te reservó
el noble sitio que ocupas
en el solar español.
Miro á España frente á frente,
como en mágica visión;
con ademán arrogante,
con gesto dominador;
cual si de pie se pusiera
por artes de la ilusión.
Luce su frente corona
de riscos en derredor;
riscos del Pirene bravo
que domina el Canigó.
Hundidas en anchos mares,
de rocas sus plantas son.
Miro á España frente á frente,
con ojos de soñador,
y es, en la noble apostura
con que el afán la soñó,
el lugar de Zaragoza,
el lugar del corazón.

*
* *

¡Oh sitios inolvidables!
¿Dónde epopeya mayor,
ni quién, cual La Torre Nueva,
con tanta piedad los vió?
Fué la Torre como un símbolo
de nobleza y de tesón;
fué como la imagen viva
de la Ciudad del Valor

puesta de pie; como un reto
del alma de Palafox,
del alma de Zaragoza,
contra el osado invasor;
como altivo centinela
que el sueño jamás rindió;
como esforzado vigía,
siempre con ojo avizor.
No lograron conmoverla
ni estampidos de cañón,
ni maldiciones rabiosas,
ni alaridos de terror.
¡Jamás vaciló la Torre!
¡La Torre jamás tembló!
Las voces de sus campanas
fueron su vibrante voz;
voz que llenara los aires
con intensa vibración,
como advertencia del riesgo,
como aviso protector,
y, á veces, con los rugidos
de terrible maldición.
Contra el francés, con el tono
de la amenaza feroz.
Para su pueblo bizarro,
con la piedad del amor.

*
* *

¡Torre insigne! ¡Torre Nueva!
¡Su gracia me preste Dios!
Llevada por Él mi pluma,
celebre tus glorias yo.

II

*Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...*

Zaragoza está cercada
por poderosos ejércitos.
Son los del gran Bonaparte,
nuevo aborto del infierno.
Mas no Zaragoza tiembla;
tenaz resiste el asedio,
con no igualada bravura,
con no superado esfuerzo.
Donde castillos... ó tapias
no la aprontan parapetos,
bien resguardados con bocas
de cañones y morteros,
murallas forman sus hijos :
¡las mejores! ¡con sus cuerpos!
Si la defienden los mozos,
no la abandonan los viejos;
rivalizan las mujeres
con todos, por sus alientos,
y es la Virgen milagrosa
del Pilar, desde su templo,
valerosa capitana
de su tropa y de su pueblo.
¿En dónde tal heroísmo,
ni cuándo, los hombres vieron?
Corre — ¡cuál corre! — ganoso
de contarle al mar, el Ebro.

*
* *

*Zaragoza está en un llano,
y la Torre Nueva en medio...*

Por la Torre no hay sorpresas,
ni con la Virgen hay riesgos.
En vano los enemigos
multiplican sus empeños;
en vano sus baterías
acrecen sus vivos fuegos,
y el aire cruje, rasgado
por el feroz bombardeo;
en vano al asalto acuden,
suscitan fuertes incendios,
en minas audaces piensan,
y á todo se atreven ciegos.
Siete veces atacaron
con el ímpetu frenético
del alud; como en torrentes
de chispas, ¡¡trombas de acero!!
Otras tantas, derrotados
y rechazados se vieron.
Ora la lucha se entabla,
sin tregua, rabiosa, dentro
de la ciudad; lucha horrible,
cara á cara, cuerpo á cuerpo;
ya por las calles sangrientas,
ya cabe el roto convento,
ya en las casas invadidas,
¡entre el polvo y el estruendo!
¡Contra lobos, que se lanzan
como lobos al saqueo!
Cálida noche de estío
contempla el cuadro tremendo.

Parte del Coso relumbra
como un volcán, todo fuego.
Arde la ciudad entera
de furor, y á sus destellos.
¡Piedad, Virgen milagrosa!
¡Favor, Cristo de La Seo!

.....
¿Cómo, con la luz del día,
truécase en vivo contento,
por la ciudad, furia tanta,
que llegó á espantar al cielo?
¡Ya levantaron el sitio
los invasores! ¡Ya huyeron
de su campo! ¡Ya se alejan
sus batallones, maltrechos!
Desde la Torre, que canta,
se les ve marchar muy lejos.
La jota llena los aires
de alborozados acentos;
la gente llena las plazas,
la gente invade los templos.
«¡Viva Zaragoza!», gritan
miles de voces á un tiempo.
¡Gracias, Virgen milagrosa!
¡Gracias, Cristo de La Seo!
El gran corazón de España
retorna á latir sereno.
Libres al fin, y españolas,
por la virtud de su esfuerzo,
sigue cantando la Torre,
triunfa la ciudad de nuevo :
¡Zaragoza está en su llano!
¡y la Torre Nueva en medio!!

III

*Virgen del Pilar hermosa,
¿qué has hecho, que te has dormido?
¡Ya han entrado los franceses
por la puerta del Portillo!*

Con las nieblas del otoño
tornaron los enemigos;
con el invierno, apretaron
sus tropas contra el recinto.
¡Virgen del Pilar! ¿Qué hiciste?
Ya es más duro el nuevo sitio,
con que la ciudad se mira
tan pendiente de tu auxilio.
Sé de nuevo capitana.
¡No abandones á tus hijos!

*
* *

Mas ¡ay!, que Dios, en sus altos
é inescrutables designios,
acrece las grandes pruebas
con la prueba del martirio.
Ve la Torre con asombro
cuál se tuerce el raudo giro
de la Fortuna; contemplan
sus grandes ojos, tan fijos,
cuál los franceses avanzan
sin vacilar, ¡como en círculo
de hierro, para la muerte

de la ciudad prevenido!
Tremendas luchas de nuevo
se riñen, con nuevos bríos.
¡Cuán tremendas! ¡Calle á calle,
casa á casa, piso á piso,
palmo á palmo; fieras luchas
en que disparos y gritos
suenan menos que las voces
de angustia de los heridos!
Media ciudad es á modo
de un infernal laberinto;
llueven sobre Zaragoza
las balas en torbellinos;
traidoras minas revientan
aquí y allá de improviso...
Y en tanto horror, á la lumbre
del incendio, á los rugidos
de los cañones, al ronco
toque de alarma continuo,
más que las minas y bombas
pueden los aires mefíticos;
más que las hondas heridas
quebrantan los males íntimos,
y al fin Zaragoza, presa
de indescriptible delirio,
sufre de la propia fiebre
más que del asedio mismo.

*
* *

Suben, llegan á la Torre
desolada los suspiros
y el estertor anhelante

del pobre pueblo vencido.
Y al cielo mira la Torre
con sus grandes ojos fijos;
con una angustia suprema,
con un dolor infinito...

.....
Paran de pronto el asalto
los franceses. ¿Por qué ha sido
tal mudanza? ¿Qué señales
en la Torre Nueva han visto?
¡¡Bandera de parlamento!!
¡¡Zaragoza se ha rendido!!

.....
Clamad, las torres hendidas;
clamad, los rotos castillos,
los hogares profanados,
los templos escarnecidos,
las calles ensangrentadas,
quemadas á fuego vivo.
«¡Venganza!», decid al aire,
que corra luego fatídico,
y á España lleve la nueva
del trágico sacrificio.
Corred, las ondas del Ebro;
¡no miréis el trance inicuo
de la ciudad! ¡No la horrible
desolación de sus hijos!
¡Tened envidia á los muertos!
¡Compadeced á los vivos!
«¡Venganza!», grite el Moncayo
con sus cien bocas de riscos.
¡Toda España se levante,
con salto de cuerpo herido!

Y en tanto los españoles
no humillen al enemigo,
que en tal extremo los puso
de oprobios y de suplicios,
con el público escarmiento
de tremebundos castigos,
el pan se les torne amargo
y el sueño les huya esquivo;
yermos contemplen doquiera
sus campos antes floridos;
vivan cual viles esclavos,
tan sólo de serlo dignos; .
¡¡malditos de Dios se vean
meses, años, lustros, siglos!!

IV

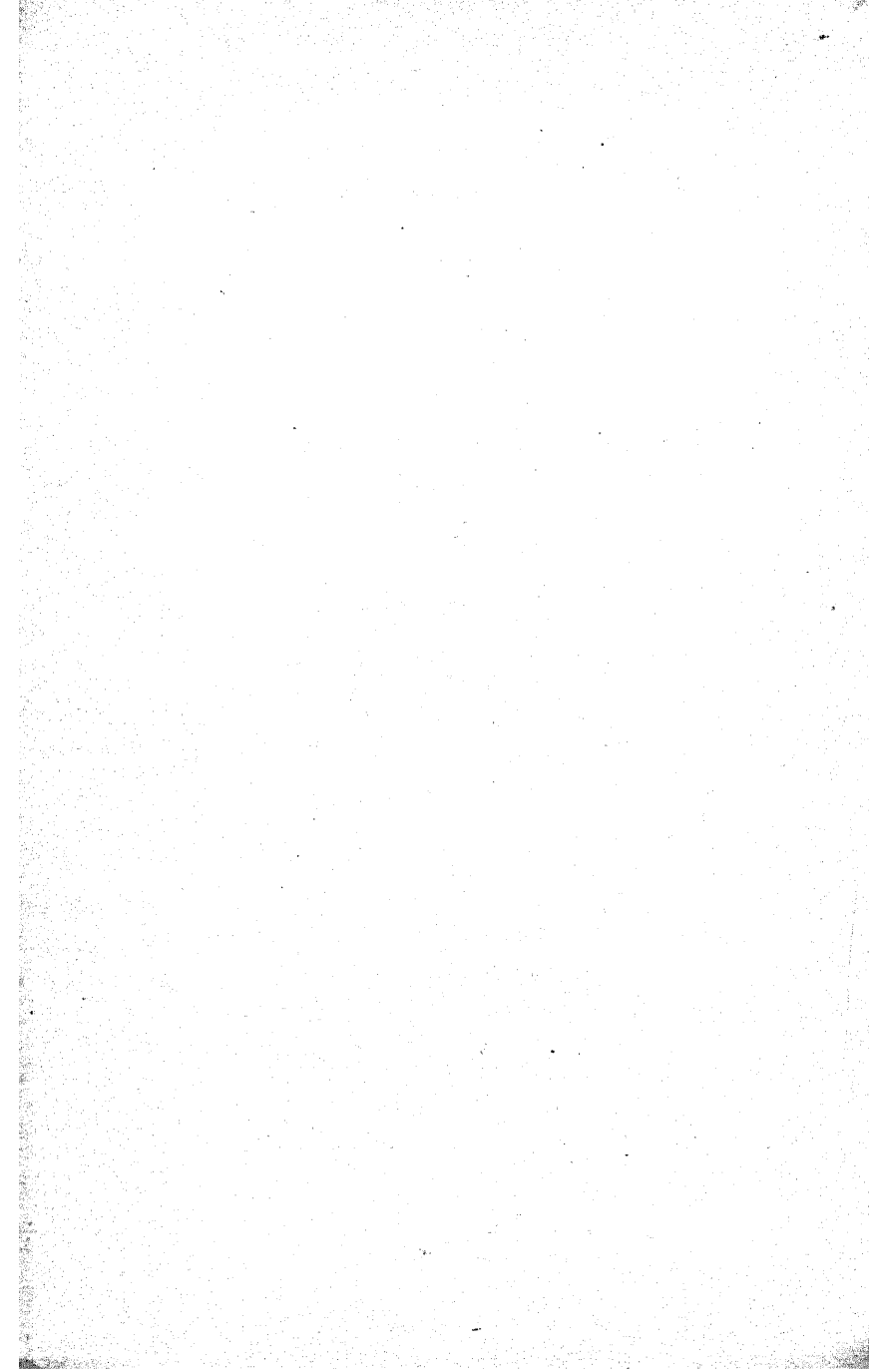
Noche lúgubre, la noche
de la fatal rendición :
¡quién dijera tus angustias!,
¡quién pintara tu pavor!
Las campanas de la Torre
doblan con fúnebre són;
lloran con trémulos ayes,
gimen con tétrica voz.
Gime la Torre, con largo
lamento conmovedor;
por la ciudad, por sus hijos,
por tanta dosolación,
por tanto mal. ¡No por ella!
¡La Torre no se rindió!
¡Sigue en pie, como una imagen

pavorosa del dolor!
¡Ay de Zaragoza muerta!
¡Moribunda se entregó!
¡Ay de España, mal herida
en su mismo corazón!

.....

Años después, Zaragoza
recobraba su esplendor.
Años después, sucumbía,
vencido, Napoléon,
cercado del mar rugiente
y atormentado del sol.
Y á la faz del orbe entero,
palpitante de emoción,
reviviendo Zaragoza,
sucumbiendo su invasor,
daban al mundo la prueba
de la más alta lección :
¡la que contienen los fallos
de la justicia de Dios!

LA CARGA DE TAXDIRT



LA CARGA DE TAXDIRT

(Campaña del Rif.—20 de Septiembre de 1909.)

Á D. Félix Lorenzo.

Musa gentil del *Romancero*,
canto de luz, tan español :
los ojos torna, dilatados.
Miren el gran combate fiero
que en este punto mira el Sol.
Mira corceles, ve soldados,
en tormentoso torbellino.
Ve, renovadas, bizarrías
que tú cantaste, de continuo,
por gracia noble del Destino
y á plena luz de claros días.

Musa marcial del *Romancero*:
ciñe la cota rutilante.
Vuelva á lucir tu limpio acero.
Vuelva á sonar tu voz. La espero,

desde las sombras, anhelante.
Ve cuál la pérfida morisma,
— porque es la misma, la de antaño,
¡siempre la misma!, —
torna á luchar en nuestro daño.
Mira flotar sus alquiceles.
Mira sus bárbaros tropeles.
Han de pagar su encono fiero
y han de morder la ardiente arena.
¡Suená, clarín del *Romancero*!
¡Suená! ¡Resuená!

Ríñese duro, gran combate.
Vuela, rugiendo, la metralla.
Y en el ambiente late y late
la vibración de la batalla.
Contra menguados batallones,
y en clamorosa multitud,
— que rasga el aire con los sonos
de las descargas del alud, —
llegan los bárbaros tropeles
que despedazan y aniquilan.
¡Llegan, á miles, los infieles,
sobre las tropas que vacilan!

Musa feliz, espada en mano,
del *Romancero* castellano,
que ya resurges, tan radiante,
¡vívido Sol en cielos rojos!,
que nuevas luchas ves, delante
de los espejos de tus ojos:
esos heroicos batallones,

por la tremenda lid menguados,
son herederos esforzados
de celebérrimas legiones;
de aquellas huestes, bien preclaras,
cuyos bizarros, duros lances,
encarecieras y cantaras
en bizarrísimos romances.

Sufren agora trance fuerte.
Sufren de bárbaros castigos.
Y en trance están de vida ó muerte,
pues tantos son sus enemigos.
¡Sálvalos, Dios! Sé mensajero
de sus mercedes. — ¡Rey guerrero,
todo fulgor! ¡Rey caballero
de caballeros! — ¡San Fernando!
¡Suena, clarín del *Romancero*!
¡Suena clamando!

Sigue, mayor, el gran combate.
Sigue rugiendo la metralla.
¡Más pavorosa late y late
la vibración de la batalla!
Y á la defensa decididos
de los maltrechos batallones,
entre los rancos alaridos
con que maldicen los cañones,
por nobles ímpetus llevados,
en recios potros levantados,
¡con el empuje del ciclón!,
parten de pronto los soldados
de bizarrísimo escuadrón.

¡En tromba parten los jinetes!
No con adargas, con almetes,
con ajustados coseletes,
como en las épicas batallas;
cuando al herir los aríetes,
cuando al tronar los falconetes,
eran escombros las murallas.
— ¡Ah, las magníficas victorias,
dones de Dios á Reyes santos,
en que murieran hombres tantos,
por que nacieran tantas glorias! —
Á escape van unos con otros,
en su feroz acometida;
á escape van, sobre sus potros,
suelta al correr la dócil brida;
sin que defensas ponderosas
cubran sus pechos anhelantes.
¡Libres, las frentes orgullosas!
¡Libres, los puños de gigantes!
¡En tromba surgen! ¡Corren! ¡Van!
Á plena luz. Por Dios benditos,
contra las iras de Satán.
Contra la cólera que aterra
del rencoroso musulmán.
Como si fuese á ras de tierra,
— ¡todo reflejos, saltos, gritos! —
hecho segur, el huracán.

¡Por un impulso portentoso!
¡Con un avance de torrente!
Como bravísima corriente
que, tras momentos de reposo,
se desatara de repente.

¡Ah, la crujiente — tromba fiera!
¡Y ah, su carrera!
¡Cual de relámpago, veloz!
¡Ah, los jinetes, cuán homéricos!
¡Y ah, los rugidos, tan coléricos,
de tanta y tanta ronca voz!
¡Y el rebrillar de las espadas,
por firmes puños levantadas!
¡Y el de los sables afilados
que ya castiguen tanto insulto,
sobre el magnífico tumulto
de los corceles y soldados!

¡Y el choque al fin!! ¡El estallido
de tromba tal! La entrada brusca,
sobre los bárbaros tropeles,
— en gran tropel, del Sol bruñido,
que fuego pide, sangre busca, —
de los soldados y corceles.

Ve, rojo Sol, la grande hazaña,
por tal heroica bazarria.
Ve cuáles hijos tiene España,
con que resurja todavía.
Ve tal combate, Musa fuerte
del *Romancero*, y entretanto
sobre los ayes de la Muerte
vibren las notas de tu canto.

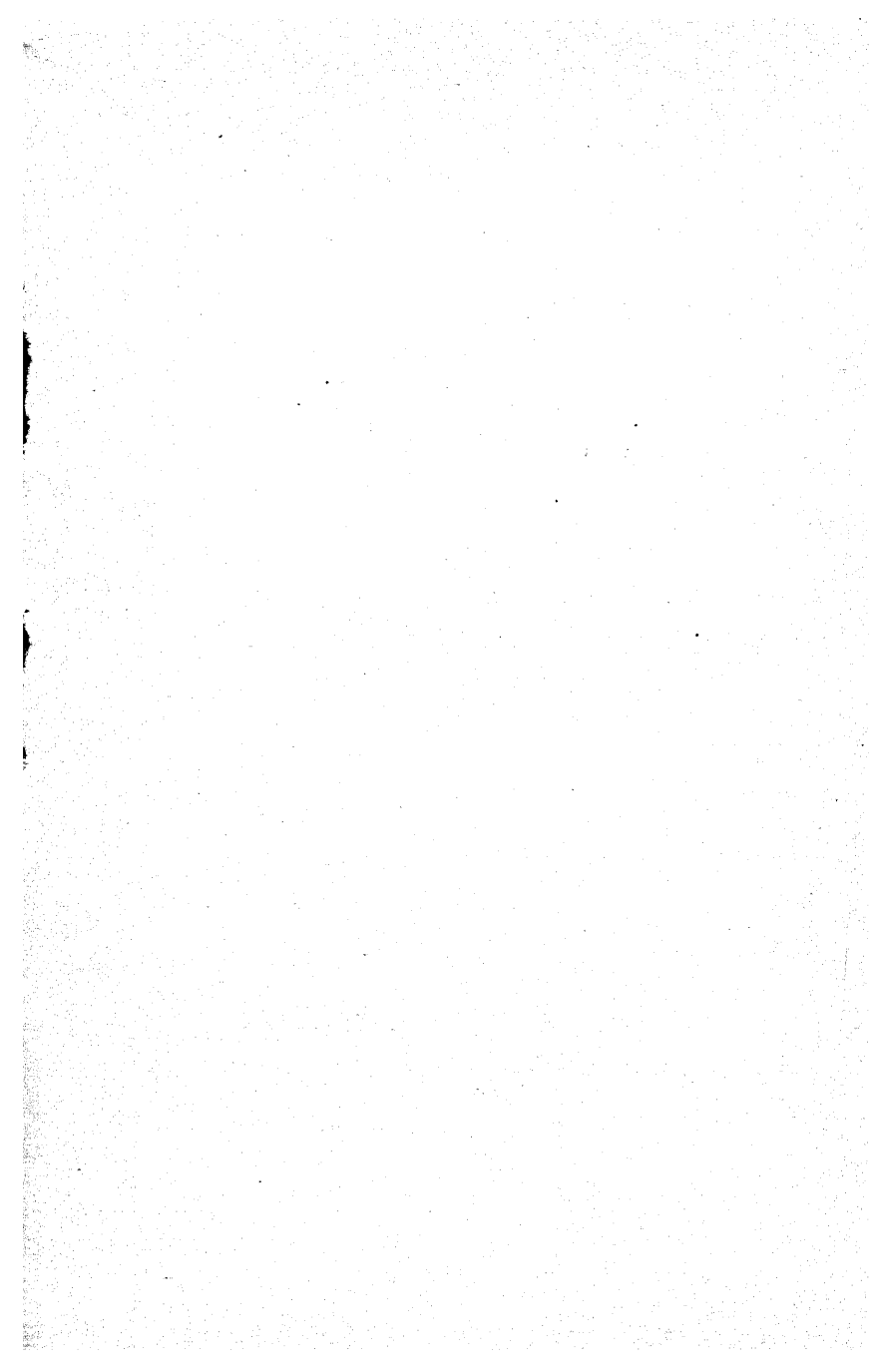
Brillan los sables vengadores
de los jinetes andaluces,
con pavorosos resplandores.
Rayos parecen. Rotas luces,

en rotas masas de colores.
Brillan sus hojas,
en tanta luz, de sangre rojas.
Trémulos suben. Raudos bajan,
¡súbitamente! ¡Rompen! ¡Rajan!
¡En un dantesco remolino!
Rayos que tajan,
miembros desgajan
trágicamente. — Ya el torrente
llena de muertos su camino.

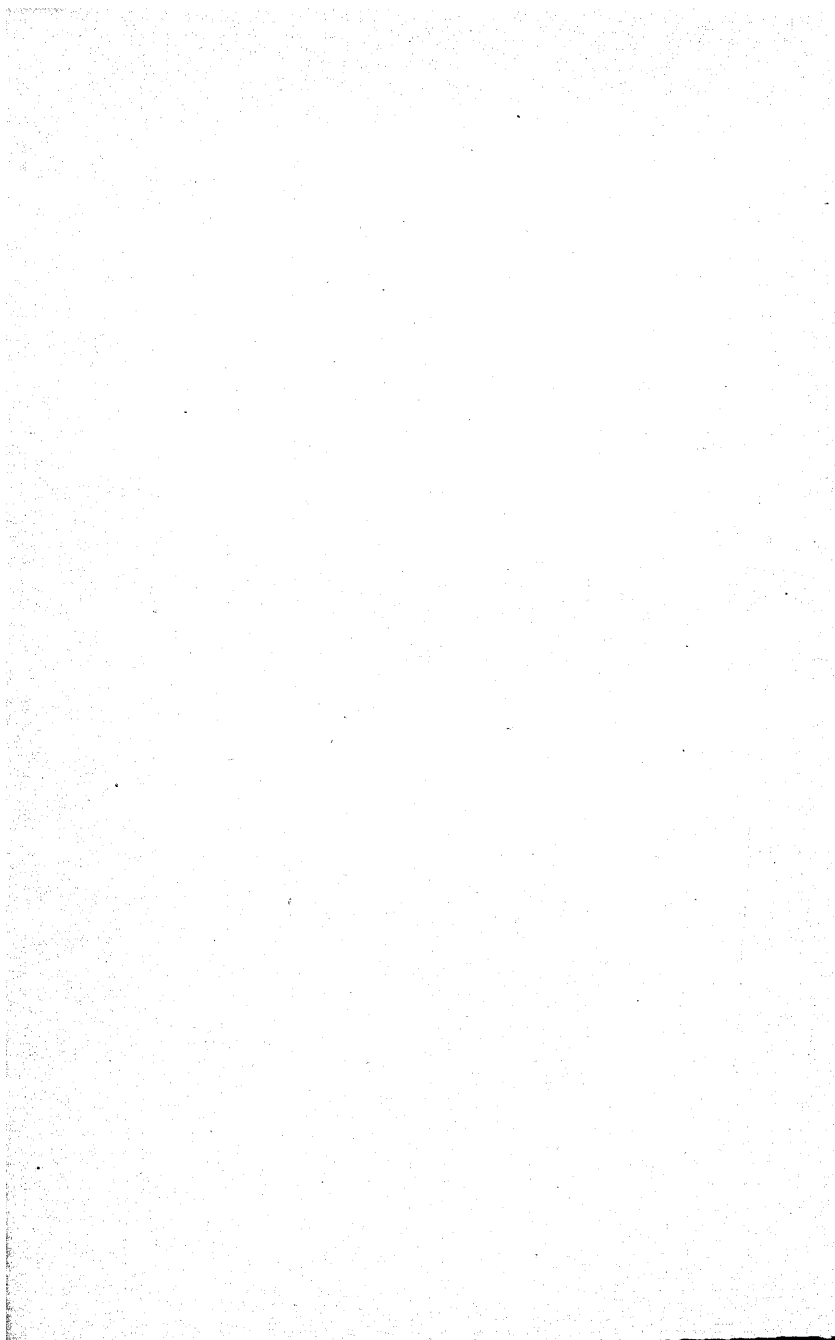
Y en tanto, suena
largo clamor, aterrador..
¡Fúnebre, bárbaro clamor!
¡Con voces trágicas de pena,
con gritos lúgubres de horror!

Pasa la tromba, y al momento
vuelve crecida.
¡Con más poder! ¡Con más aliento!
¡Con más veloz acometida!
Ya la Victoria
rinde sus palmas
á quienes fueron por la Gloria
con temple tal, en tales almas.
¡Ah, la española bizzarría,
de nueva luz, en claro día!
¡Ah, la leyenda rutilante
del gran espíritu español!
¡De nuevo Sol!
¡Sol en Levante!
Suena, clarín; clarín guerrero.
Suena, del llano á la montaña,

¡De nuevas glorias pregonero!
Y al són marcial — despierte España.
Despierte el alma nacional.
¡Suena, clarín del *Romancero*!
¡¡Suena triunfal!!



EL ALTO DEL LEÓN



EL ALTO DEL LEÓN

(EN LA SIERRA DE GUADARRAMA)

Á Enrique Casal.

Están los espacios llenos
de vivísimo fulgor;
está la Sierra dorada,
llegando al cenit el Sol,
y en lo más alto del *puerto*
despide luz el León;
todo radiante, vestido
de fuego deslumbrador.

Bien hizo, con sabias artes;
bien pensara, ¡vive Dios!,
quien para el *puerto* famoso
tal remate discurrió;
quien, sobre sierra tan dura,
de tipo tan español,
puso el sello de la raza
con la imagen del León.

En vano la injuria el tiempo
tan audaz y destructor,

nubes de polvo la agravian
y en su piedra muerde el Sol.
En vano también la azotan
las alas del aquilón.
Y en vano cuaja la nieve
sus copos alrededor;
sobre su dorso gigante,
sobre la testa feroz.

Magüer tratada por todos
con tan osado rigor,
siempre la encuentra plantada
sobre las rocas el Sol.
Que es mucha vida la vida
de las garras del León;
mucha roca la del monte
donde sus garras clavó,
y es mucha fuerza la fuerza
con que duran, con que son...
¡la fiera, tan castellana,
y el monte, tan español!

Dios te guarde, sobre el alto
del *puerto*, viejo León;
tan batido por el aire,
tan comido por el Sol,
tan dañado por la nieve
que contra el *puerto* cayó;
sin que jamás delataras,
con instintivo temblor,
furias innobles, ni menos
flaquezas del corazón.

Altivo, grave, bizarro,
seguro de tu valor,
te ven las cumbres, — las cumbres
de tan firme condición, —
cuando retorna por Junio,
sobre la Sierra, su flor;
la del cantueso, tan triste;
la del alegre gamón...

Altivo, grave, sereno,
mientras con largo sopor
yacen los montes en Julio,
resquebrajados del Sol;
cuando las pálidas nieblas
del Otoño bienhechor
desfilan sobre sus riscos
en callada procesión;
cuando las noches de Enero,
tan preñadas de terror,
descienden sobre sus rocas
apenas la luz murió;
mientras clama desolado,
mientras ulula, feroz,
el aire bronco del Norte,
con ímpetus de ciclón.
¡Ah, las noches en que tiemblan
las montañas, de pavor!

Cuadro alguno te conmueve.
No te mueven luz ni són.
Ni la color jubilosa,
ni la medrosa color.
Jurara, ¡pardiez!, que tienen
para ti la misma voz,

el más gozoso contento
y el más terrible dolor.

¿Por qué tan extraño á todo?
Por muy siniestra razón.
Sufres, tan á solas, tanto,
del mal que te quebrantó,
que en vano gozos te acorren,
ni miras ya bajo el Sol,
dolor que pueda moverte,
comparable á tu dolor.

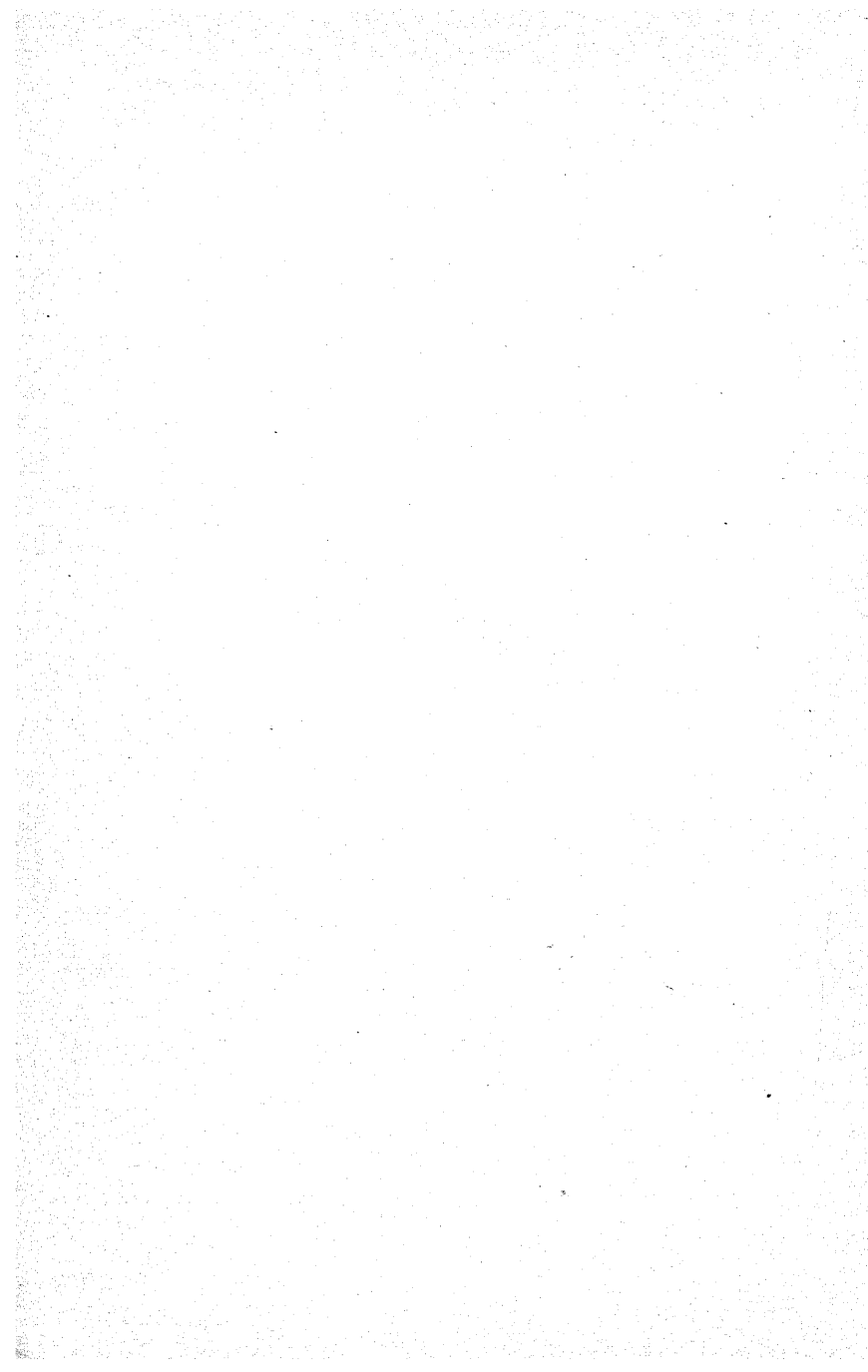
Eres emblema de un pueblo
desamparado por Dios.
Castigo sufres por culpas
de mucho vano señor;
que no por culpas que pongan
sobre tu fama baldón.
Desgracias miras tan sólo
y estragos en derredor:
mucha triste decadencia,
mucho partido blasón;
muchas cruces, bien distintas
de la Cruz del Redentor;
mucho vil aventurero
que fuerzas de ti cobró,
para mofarse muy pronto
de tu noble condición;
mucho honor en trance fuerte,
muchos trances sin honor...
Y es bien justo que te acojas
al *puerto* que te acogió,

sin que, por seguir mirando,
mires desgracia mayor.

Mas yo sé, — me lo asegura
misteriosa convicción, —
que al fin, en cercano día,
por un aviso del Sol,
por un impulso del cierzo,
por un mandato de Dios,
dejará de ser tu piedra
bloque sin alma ni voz.

Por que al fin, desde la altura
de tan ingente región;
desde Sierra tan hermosa,
¡de tipo tan español!,
vuelvan á asombrar al mundo
los rugidos del León.

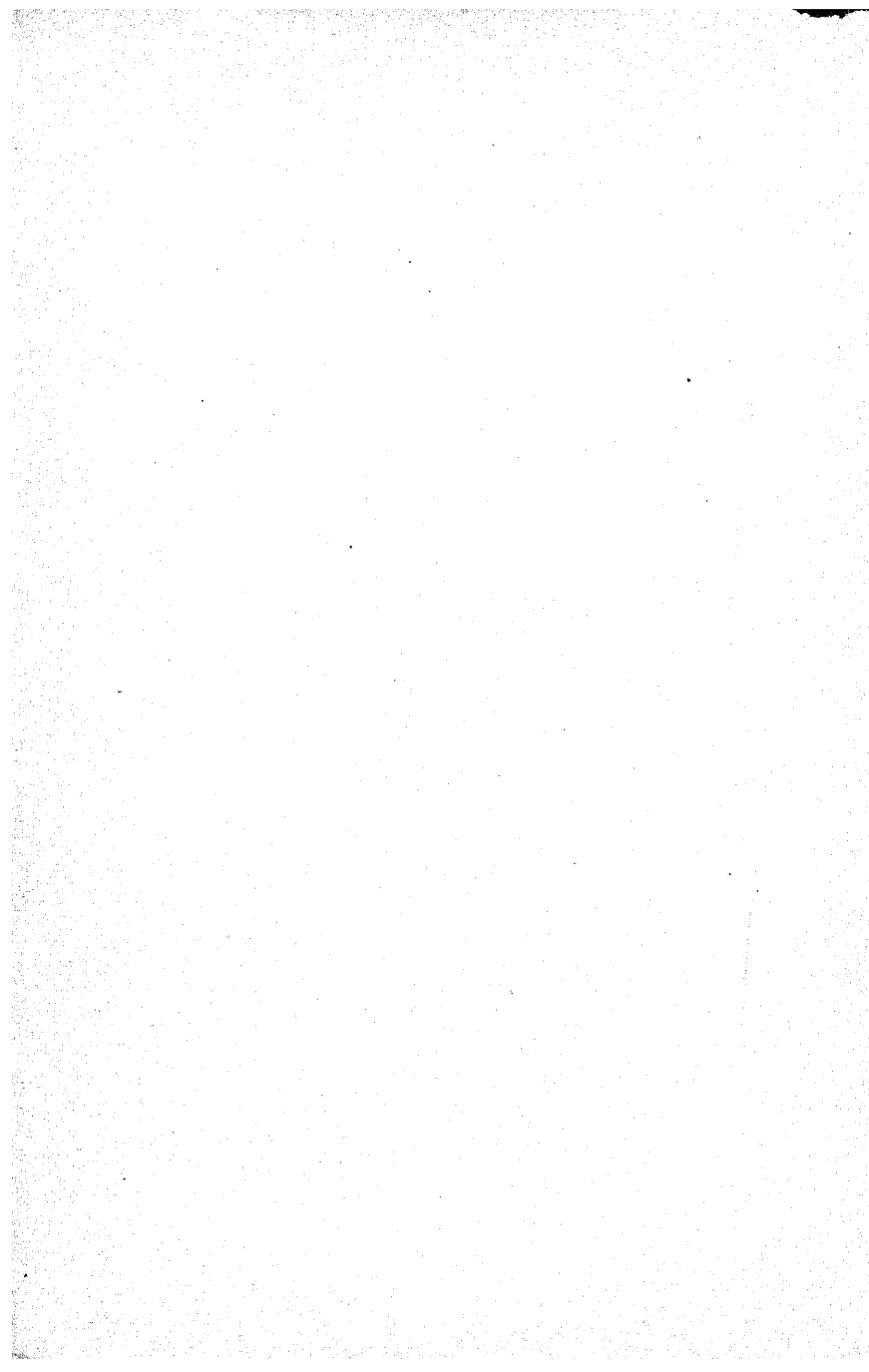
Será con la luz de un día
lleno de rayos de Sol.
¡Será por obra del hombre!
¡Será por gracia de Dios!



CASTILLA, MADRE

POEMA RÚSTICO

Á D. Juan Luis Estérich.



¡ESTA ES CASTILLA!

Déjame, Campo, que te mire á solas,
mientras me arrullan auras estivales;
tierra de opimos, pródigos trigales;
de trigos altos, en rizadas olas.

¡Tierra que, luego, para el hombre inmolas,
todo tu bien, alivio de sus males,
y que muestras al Sol, —vivas señales
de ruda lid, — sangrientas amapolas!

Campo que al Sol, en tan risueños meses,
descubres tu bondad: mientras bendigo
tu mar inquieto, de tan ricas mieses,

bendiga Dios los frutos de tu entraña;
bendiga Dios los panes de tu trigo:
¡los frutos de tu amor!, ¡el pan de España!

TONADA «DE ARAR»

«La mañana fué serena,
toda luz, toda bondad.
Con un aire fresco y puro,
muy más claro que el cristal.
¡Bien trabajaron mis bueyes!
Araron bien á la par.
¡Bien trabajé con mi yunta,
por mi oficio de gañán!
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes
tan rozagantes: ¡arad!*

»La tarde llegó tranquila,
toda luz y toda paz.
Con un aire de Poniente
que no cesa de cantar.
Porque huele como á flores
debe de ser tan jovial.
Arad, mis bueyes. Aún queda
campo bastante que arar.
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,
tan recios los dos: ¡arad!*

»¡Ved qué campos tan bondosos!
Nunca se cansan de dar

bienes con que al fin hayamos
venturas, amores, paz.
¡Ved, en tantas, tantas veces,
cómo se dejan labrar!
¡Cómo esperan las semillas,
que en los surcos lloverán!
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,
arad, ¡vive Dios! ¡Arad!*

»Dios bendiga nuestros campos,
que tales bienes darán;
que bienes tantos nos dieran,
por tan noble caridad.
Se cubrirán de amapolas.
De espigas se cubrirán.
Por brisas acariciados
bajo el Sol canicular...
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,
arad bajo el Sol. ¡Arad!*

»Quiere Dios que cumplan todos
con un deber ejemplar.
Con las sus tierras, los hombres,
cultivándolas en paz;
con los hombres, las sus tierras,
que les den sabroso pan,
y en el reino de los hombres
cada cual con cada cual.
*¡Hala, mi yunta! Mis bueyes,
vos lo ordena Dios: ¡arad!*

»Se va acercando la noche.
Ya es hora de reposar.

Quien cumplió con sus deberes,
bien es que repose en paz.
Las tierras, bajo los cielos;
los bueyes, en su lugar;
los hombres, en sus hogares,
que dichas tantas les dan.
¡Basta ya, mi noble yunta!
¡Reposemos! ¡Basta ya!

LA SANTA SEMILLA

Sembrador:
ya los surcos las esperan.
Lanza, lanza las semillas,
en gozosa profusión;
como en lluvia de brillantes
irisada por el Sol.

Con los frutos que procure
tu labor;
del esfuerzo de tu mano,
que reparte las semillas,
con acierto riguroso,
por manera tan veloz,
nacerán para los hombres
hartos bienes.
Tú los siembras, sembrador.

Sigue, sigue;
por los surcos, entre surcos;
donde caigan las semillas
en gozosa profusión;
como en lluvia de brillantes
irisada por el Sol.

Y entretanto, — ¡mira, mira,
cuál tu sombra
se agiganta, sobre el suelo
que el arado quebrantó!, —
nunca olvides
las palabras de tu Dios.
Las semillas
generosas que sembró.
Cuando fué, para los hombres,
en los surcos de las almas,
sembrador.

Nunca siembres en las piedras.
¡En las almas insensibles!
Almas tales piedras son.
Nunca siembres entre espinos.
En las almas
que se rinden, sin dolor,
al influjo
de la torpe tentación.
Siembra sólo
donde el suelo, por ingrato,
no destruya tu labor.
En la tierra generosa,
y en el puro corazón.

Dios lo dijo,
sembrador.
¡Siembra, siembra!
¡Como Dios!

EL AGUA MANSA

Sigue lloviendo, mansamente,
constantemente, buenamente...
Cielos y tierras sólo forman
una infinita masa gris.
Teje la lluvia mil cortinas;
grandes cortinas, cristalinas;
de leves hilos, á millones;
en trama leve, muy sutil.

Está la tierra,— que reposa
bajo la lluvia,— como en éxtasis
que la mantiene sigilosa,
y en dulce calma, singular.
Toda tendida, descubierta;
por tantos surcos tan abierta;
bajo la lluvia que en el aire
tiende sus velos de cristal.
Y el agua embebe,— generosa,
que llueve y llueve,— sin cesar;
con que germinen las semillas
dentro su entraña maternal.

Surcos tantísimos, tan hondos,
son otros tantos mil regueros.

Hoy nos parecen lastimeros.
En una gran desolación.
Mas, cuando al fin las nubes pasen,
y brille el Sol en largos meses,
cubiertos ya de ricas mieses
encantarán al hombre triste
y alegrarán al mismo Sol.

Esta copiosa, lenta lluvia;
tan abundante, tan copiosa,
tan sostenida, tan igual;
ésta que baja de las nubes,
horas tras horas, sin cesar;
ésta que tiende por el aire
sus mil cortinas de cristal,
ya lo procura, mansamente,
constantemente, buenamente;
con un influjo persistente,
por una gracia providente,
con un encanto singular.

Pero entretanto, la tristeza...
—¡una tristeza que deprime!,—
del gran nublado se desprende,
con tanta lluvia, tan sutil.
Cielos y tierra sólo forman
una infinita masa gris...

SEÑOR JUAN

Mientras las espigas brotan,
mientras las espigas crecen,
va á verlas todas las tardes
Señor Juan, el de *Dos Fuentes*.

Señor Juan es un abuelo
bonachón, asaz alegre,
que fué, por aquestos campos,
y en gratas horas, ya lueñes,
semirrayo, por lo vivo;
semirroble, por lo fuerte.

Hoy, si las fuerzas le faltan,
si va perdiendo su temple,
goza con mirar el gozo
del que lucha, de quien vence.
Y al campo torna con tales
pensamientos en la mente.
Por consolar sus dolores,
con los ajenos placeres.
Sin envidiar las extrañas.
Feliz con su propia suerte.
Tal lo quiso Dios del Cielo,
y en vida tal perseverare.

Su cara dice su gozo
mientras ve, con vista débil,
cómo retorna la vida
por los sus campos solemnes;
con tantas rústicas flores,
con tales galanas mieses.

Lo ve, y en tanto lo mira
bendice tan ricos bienes,
con unas dulces palabras
que saben á ricas mieles.

Y es de escuchar cuanto dice,
para la Vida que vuelve.
Y es de admirar el ejemplo,
el gran ejemplo, que ofrece.
Porque bendice á la Vida
mientras lo postra la Muerte.

LA FLOR EN LA MIES

¡Las espigas crecieron!

Fueron entonces de un color
fino, muy fino : verde mar.
Y el mar de espigas onduló,
mil y mil veces, muy sereno,
bajo la viva luz solar.

¡Los trigos se doraron!

Y fué apuntando mucha flor
entre las mallas del triga.
Y el mar de espigas onduló,
mil y mil veces, muy florido,
bajo la ardiente luz solar.

¡Los trigos florecieron!

Con amapolas ¡á millares;
rojas, muy rojas; como labios
de fresca boca virginal.
Con margaritas, ¡á millones!
Como si hubieran deshojado
sobre los trigos, al azar,
todas las flores virginales
de un opulento naranjal.

¡Ah, los trigos alegres!

Bajo los soplos de la brisa
que va besándolos fugaz,
que va partiéndolos en ondas,
que va rizándolos jovial.
¡Tan salpicados de amapolas,
de margaritas salpicados,
bajo la clara luz solar!...

¡Ah, los trigos risueños!

Entre sus ondas, ha surgido
blanca figura virginal.
Una garrida moza rubia,
que al ir cruzando por los trigos
se va prendiendo muchas flores,
con un donaire singular.

¡Ah, los trigos felices!

Tienen al cabo nueva flor,
hermosa flor, con moza tal;
bajo la ardiente luz del Sol,
bajo la brisa tan fugaz.

Agora fué que ya brotó
la flor mejor
del buen trigal. ¡El buen trigal
ahora fué que floreció!

EL NUBARRÓN

Sobre el campo, tan florido;
sobre el trigal, tan hermoso,
que todas las tintas luce
de los matices del oro,
denso nublado se cierne,
con nubes color de plomo.

Miran las gentes al cielo,
con mucho afán en los rostros.
Con mucho afán en las almas.
Con grande temor de todo.
Y el cielo sigue ceñudo,
siniestro, lúgubre, torvo.

¡Ten piedad de los tus campos,
Virgen del Amor Hermoso!
Tu clemencia los ampare,
mientras los miren tus ojos.

Asfixia la grave calma,
bajo el nublado medroso,
donde los fúnebres velos
se enredan unos en otros;

lentamente, contagiados
por el intenso bochorno.
Y es mayor á cada instante
la ansiedad en tantos rostros.

¡Ay del campo si las nubes
abren sus senos, tan hondos,
con fuerte lluvia de piedra
que los desgarre de pronto!
Las gentes miran al cielo,
y el cielo prosigue torvo.
Y espanta el silencio mismo
del aire tan sigiloso.

Salta el viento. Y el nublado
se estremece con sus soplos.
Mil voces suenan, distintas,
que parecen mil sollozos.
Voces que dicen angustias.
Voces que impetran socorro.
Mas, ¿quién del cielo defiende
sino Dios, desde su trono?
¡Le ruega Tú, por tus campos,
Virgen del Amor Hermoso!

Llueve. Con gotas espesas
que rebotan en el polvo;
marcando los sendos golpes
con anchos huecos redondos.
Y el trigal, con mieses tantas,
estremécese de pronto;
¡de punta á punta pasado
de terror!, ¡trémulo todo!...

Con que las voces acrecen
que son á la vez sollozos.

La dura fuerza del viento
rompe el nublado tan hosco,
sin que la piedra descargue,
por un azar milagroso.
Se quiebran las cien montañas
de rarísimos contornos.
Vacilan sus anchas cumbres.
Se rasgan sus senos hondos.
Y es de ver el gran nublado,
con tanta color de plomo,
por el aire tan batido,
por sus ráfagas tan roto.

Las voces que agora suenan
ya dicen intensos gozos.
Hechas jirones, las nubes
á espacios vuelan remotos,
y en tanto volar se enredan
unos jirones en otros.
Como en tropas derrotadas,
presas de vértigo loco,
se revuelven, mientras huyen,
masas de infantes bisoños.

El Sol, que al viento secunda,
muéstrase ya jubiloso;
dispara contra las nubes,
desde su mágico trono,
flechas mil, que resplandecen
con las colores del oro.

Y es símbolo rutilante
de tanto buen alborozo.

Pasa el riesgo. Ya se tornan
alegres al fin los rostros.

—¡Ah, los pobres campesinos,
cuando ven, con turbios ojos,
casi robados sus bienes
por *neblajes* como lobos! —

Y bajo el cielo tan puro,
bajo el Sol esplendoroso,
se yergue el trigal. Y canta,
¡de placer! ¡Trémulo todo!...

¡Bien por tus campos velaste,
Virgen del Amor Hermoso!

LA CANCIÓN DE LAS HOCES

En esta calma del ambiente,
con un silencio tan profundo;
con una luz tan cegadora,
y en este lánguido sopor,
alguien dijera que se siente
un crepitar de luz del Sol.

*La luz se deshace en llamas,
que ondulan como banderas
que al ondular se incendiaran.*

Y por los densos trigos altos,
entre sus densas, altas ondas,
brillan las hoces relucientes
de tanto rudo segador.
¡Con tanto filo! ¡Tan bruñidas!
¡Tan relucientes bajo el Sol!

*Las hoces cortan sin duelo.
Los crujidos de las mieses
son crujidos lastimeros.*

Vienen á tierra las espigas.
Ondas tras ondas, ceden, ceden...
Cuándo, sin flores, sus hermanas.
Cuándo, con mucha roja flor.
Y en grandes masas, lastimosas,
quedan tendidas bajo el Sol.

*La luz, sin cesar, abrasa.
La luz que en chispas se parte
después de brillar en llamas.*

Los segadores no reposan.
Siegan y siegan, rudamente.
Sin que distraigan su fatiga,
sin que profieran una voz.
En el silencio del ambiente.
Con un silencio aterrador.

*En una solemne calma,
que sólo turban los ayes
de las espigas segadas.*

Y allá se van. Por esos campos.
Allá se van, los segadores.
Con las cuchillas relucientes.
¡Tan deslumbrados por el Sol!
Sin que reposen un instante.
Sin que profieran una voz.

*A mí me espanta el silencio
del hombre que sufre mucho.*

.....
¡Las hoces cortan sin duelo!

MAÑANA DE SOL

Bendiga la Virgen la mano
del hombre que siembra. Bendiga
la espiga y el grano.
La espiga,
flexible, cenceña, lozana,
que encierra los bienes del pan de mañana;
la espiga, tan rubia, gentil.
Y el grano, que llene las grandes paneras,
después de brillar por las eras,
en onda liviana, sutil.

El aire, que copia los tonos del fuego,
transmite las puras,
intensas delicias del hondo sosiego.
Y en tanto, por estas solemnes llanuras,
es todo promesa de ricas venturas.

¡Qué hermosa, la ardiente mañana de estío!
¡Qué hermosa, Dios mío,
la cálida luz del verano!
¡La luz sobre el llano! ¡Y el llano,
qué hermoso, tan lleno de sol!
Y al Sol, en el campo que brilla,

con tanto fugaz tornasol,
qué grato, qué noble, vivir en Castilla,
con noble vivir español.

Prosigue la siega.
Prosigue la brega.
Y en tanto que entrega
su rubio tesoro
la entraña de tanto risueño trigal,
relumbra con brillos del oro
la luz de los campos, que ciega
con tantos reflejos del sol estival.

La luz en los campos es bien y alegría.
Si llega del Sol es fortuna.
Prefiera la luz de la Luna
quien ame la vaga, doliente poesía,
con vanos ensueños, en vana inquietud.
Mas no quien comprenda, por gracia del Día,
que el Sol, que regala calor y energía,
regala caudales, poder y salud.

NOCHE DE AGOSTO

Ya desaparecieron
las ondas tan vivas,
tan densas,
de las altas mieses.

La brisa que ríe
no dirá tonadas
al pasar por ellas
tan alegremente.

Llénase el espacio
de fúnebres sombras.
En los altos cielos,
apuntan, asoman,
millones de estrellas
curiosas.

Fingen las gavillas,
sobre el pardo suelo,
y en la gris penumbra,
miles de soldados
que duermen, tendidos
en la gran llanura.

La tierra, movida,
partida, rasgada...
parece que dice
los grandes,
recientes horrores
de alguna batalla.

Sopla el aire tibio,
con soplos
muy lentos, muy leves.
Las estrellas siguen
mirando y mirando...
¡misteriosamente!

Lejos, á lo lejos,
los rastrojos arden.
Parece que aún dura
por aquellos campos
el rudo combate.

Y en tanto, domina
doquier el silencio.
¡Misteriosamente!
Por tierras y cielos.
El silencio largo
de las noches breves,
llenas de misterios...

LA CARRETA DE ORO

Marcha la carreta. ¡Con cuánta gavilla!
Para el campo marcha, donde al fin, muy luego,
bajo el Sol de fuego,
comience la trilla.

Marcha muy solemne, muy lenta; cargada
con mucha apretada gavilla dorada;
feliz con tan rico tesoro;
brillando con todas las tintas del oro;
bajo el aire quieto, que por quieto pesa;
bajo el gran bochorno, que la tiene presa,
porque sólo marche, bajo el Sol ardiente,
con tan lento paso, tan pesadamente.

Camina, rebota, rechina,
y á las grandes eras su andar encamina.
Trono rutilante, que marcha, parece.
Trono que deslumbra, pues tal resplandece.
Con tales destellos de fogosa lumbre,
risueña, dorada. Y en tanto,
desde las gavillas, las que forman cumbre,
se escapan las notas de un canto.

Zagalá muy bella lo entona.
Zagala muy bella,
que con lindas flores su frente corona,
mientras sobre el carro, como flor, descuella.
Con fulgor de estrella
mientras pasa brilla,
y en luces se envuelve del Sol de Castilla.

La alegre tonada
rompe de los aires el puro sosiego
con una, de notas, alegre bandada.
La grave carreta, dorada,
sigue caminando bajo el Sol de fuego,
bajo el gran bochorno, por la gran llanada.

Musa de Castilla, que dices amores:
tus gracias pregonó,
mientras vas, tocada con tan rojas flores,
en la blanda cumbre de tan raro trono.
Rubia flor del trigo,
con tal gentileza, con tal hermosura:
ve que te bendigo
postrado de hinojos en tu gran llanura.
Musa Castellana,
moça tan fermosa de la tierra llana;
pura, sin mancilla:
canta, luce brilla;
sobre el trigo prieto,
para el aire quieto...
¡Y en tus voces vibre la voz de Castilla!

Carreta dorada:
sigue, tan radiante, por la gran llanada;

bajo el Sol ardiente;
noble, grave, lenta, perezosamente.
Con esa zagala garrida,
que va sobre el trigo con aire de rosa;
que el encanto dice de la buena vida,
de la vida sana, de la vida hermosa.
Con ella, vestida de luces y flores,
bajo el Sol, que abrasa
con tantos fulgores,
ante mis ensueños, de glorias y amores,
la visión radiante de Castilla pasa.

CANTO DE TRILLA

«Voy por mar de espigas,
en las rubias eras,
más feliz que el hombre
que en el mundo entero
más feliz se crea.

»Por el campo rubio,
respirando llamas,
¡á la luz del Sol!
Y el calor me azuza,
que el calor es vida,
y el vivir calor.

»¡Ah, los rubios trigos,
en mis ricas eras,
á la luz del Sol!

»Por impulsos corro
de mi yegua bruna;
la mejor que corre
sobre tales eras,
sobre tal llanura.

»Sin que en giros tantos
ni la yegua ceje,
ni me canse yo.
¡Porque así cumplimos,
trajinando juntos,
con la ley de Dios!

»¡Sobre campos firmes,
en la gran Castilla,
y á la luz del Sol!

»La mi moza, guapa;
la mi moza, buena:
mientras voy trillando,
tu canción me preste
voluntad y fuerzas.

»Amapolas brillen
por tus rizos negros,
que tan negros son.
¡Estará contigo
cada flor que lleves
como flor en flor!

»Trabajemos juntos,
y á la par cumplamos
con la ley de Dios.

»En mis campos rubios.
Con mi yegua bruna.

Donde todos saben
que te quiero yo.
¡Donde el Sol nos llena
de calor y vida!
¡Trabajemos todos!
¡A la luz del Sol!»

LA GRAN LLANURA

Dilátase la llanura,
muy tendida, muy callada;
bajo la bóveda pura
de los cielos, estrellada.
Sin una sombra de villa
que interrumpa los rastros.
Sin una sombra de monte.
Un redondel de Castilla,
que encierra, para mis ojos,
el aro del horizonte.

.....
.....

El vasto cielo de Oriente
refulge, con luz creciente;
con un jovial arrebol.
Surge la Aurora. Muy luego,
como un escudo de fuego
rutilante, surge el Sol.
¡Regiamente!
Con soberbia majestad.
Lentamente.
En la pura claridad,

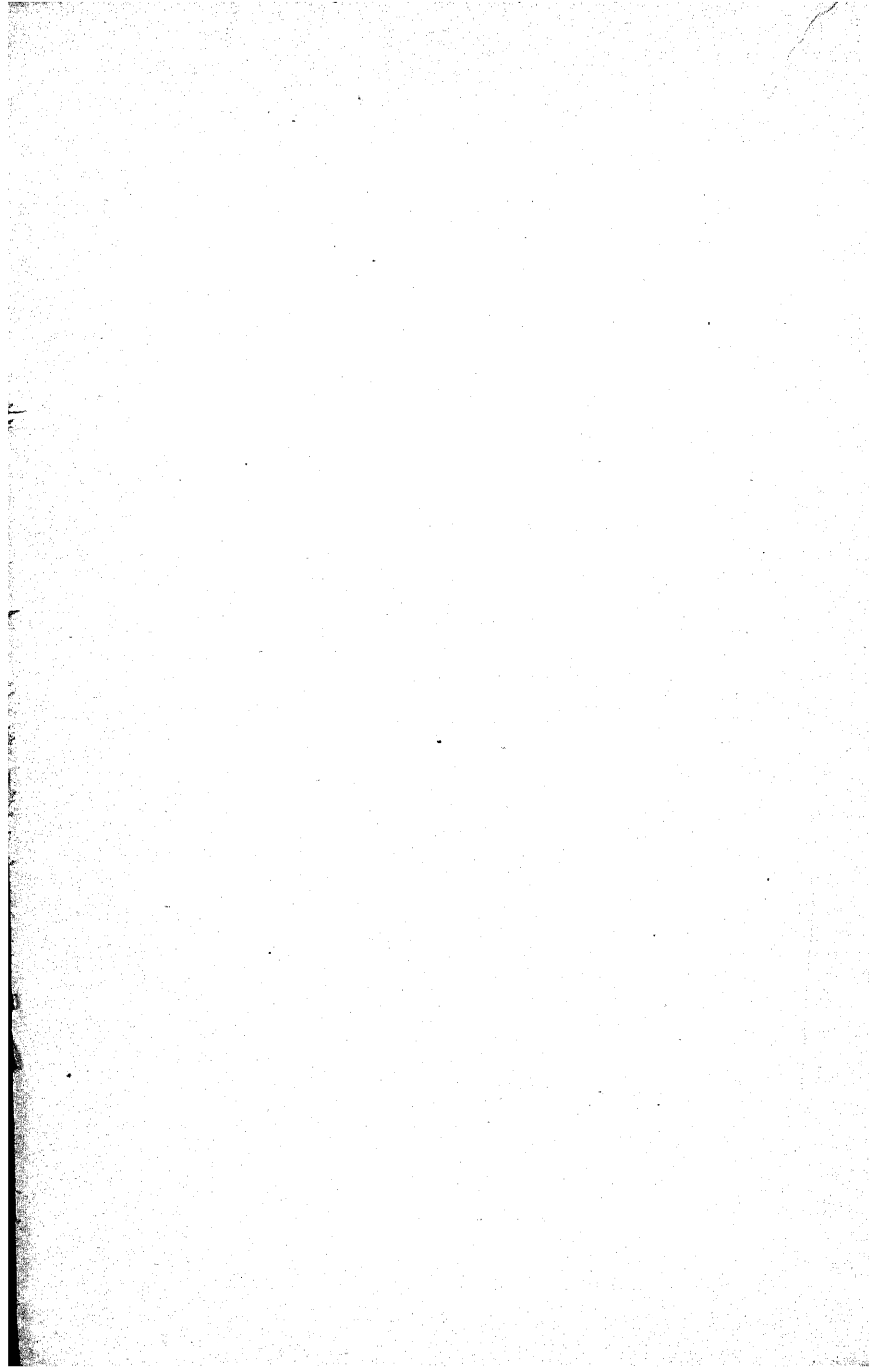
en la azul diafanidad
del ambiente.

Ante el Sol, que maravilla,
y en tan profundo reposo,
la llanura de Castilla
como la página brilla
de un libro maravilloso.

Los haces de luz solar,
al correr por la llanura,
signos trazan, al azar,
de singular escritura.
Grandes signos que se extienden
sobre leguas, y que esplenden
con singular hermosura.

Chispas los forman del Sol.
Y en la llanura, que brilla
con reflejos de crisol,
dicen — bajo el tornasol
de la luz: — ¡ANCHÁ CASTILLA!

POST NUBILA...



POST NUBILA...

Á mí hijo Carlos.

1900

Madre España, tan insigne;
madre de pueblos, sin par:
¿por qué la pena te postra?
¿Por qué te vence el afán?
¿Por qué tan vivos afanes,
en tanto perenne mal?

Madre de pueblos ilustres,
¿cómo, con tanta maldad,
sus agravios puso el cieno
sobre tu manto real,
sin que crujiesen, con ira,
las tierras de tu heredad?
¿Dónde tu espada?... ¡La espada
de Rodrigo de Vivar!
¿Cómo, en tanto, deslucida,
la tu corona mural?

Con grande fatiga marchas,
y al capricho del azar;
sobre sendero de piedras,
y entre espinas de zarzal.
Tu rostro dice la angustia
del dolor de tu ansiedad.
Las voces, tan clamorosas,
con que dices tu pesar,
semejan, á veces, gritos
de la voz del huracán.
Y en tanto pueblos felices
caminan á largo andar,
acreciendo, mientras marchan,
su vigor tradicional,
marchas tú con el aliento
que te deja tanto afán;
bajo el peso de tu angustia,
con la carga de tu mal;
con miradas que padecen
del tormento de mirar,
porque miras hartas penas
y tus penas crecen más.

De tus hombros macilentos
pende tu manto real.
¡Tiembra en tus manos la espada
de Rodrigo de Vivar!
¡Vacila sobre tus sienes
la tu corona mural!...
¡Y eres tú quien tanto sufre,
madre de pueblos sin par!
¡Tú que fuiste grande siempre,
por la Guerra y en la Paz!

¡Madre España! ¡Más no sufras!
¡Al fin te redimirán
tus propios ánimos! ¡Eres,
por ley de Dios, inmortal!

1910

Madre de pueblos, insigne:
treguas á tus duelos da.
No más la pena te postre,
no más te postre el afán;
no más te vengzan afanes,
en tanto perenne mal.

Ve que tus hijos se aprestan,
con amor, á restañar
tanta herida; que emprendieron
felices campañas ya;
que, en pocos lustros, rasgando
tan medrosa obscuridad,
tornaron sobre tu cielo,
con jubiloso brillar,
luces de Aurora, que anuncian
luz de un Sol que brillará.
Por que de nuevo te yergas,
con altiva majestad;
por que afrontes nuevamente,
desde el recio peñascal
de las cumbres, los rigores
de la mayor tempestad;
por que tus pueblos te miren

con un alegre mirar;
tal como antaño te vieron,
por la Guerra y en la Paz:
¡noble señora del mundo,
por la Tierra y en el Mar!

Así, con venturas tantas,
presto, muy presto, será;
si en ti de nuevo confías,
con que, por ti, vencerás;
si curas tus desalientos,
con suprema voluntad;
si retornas á las cumbres
llevada del Idéal.
¡Mas, sólo así!

Todavía
dudas, á veces, quizás,
y enlutan el horizonte
las nubes del temporal.
Rayos, á veces, las rasgan
en rutilante *zig-zag*,
como serpientes de fuego,
de resplandor infernal,
mientras zumba por los aires
seco, lejano tronar.
Pero, la voz del Destino,
solemne, providencial,
ya predice triunfos ciertos,
de grandeza singular.
Y anuncia al Sol que, con tanta
purísima claridad,

bien pronto, sobre tu frente
de Reina, resurgirá.

Sonad entonces, gozosas,
con un intenso vibrar,
las que sois voces del alma,
para el alma nacional.
Himnos, al Sol que retorna,
vuestras canciones serán.
Himnos de Fe, de Esperanza.
Canciones de Amor, de Paz.

En horas tales, de anhelos,
goce del bien de esperar
quien suspira por venturas
de que no disfrutará.
Y en Dios y en su patria fíe,
con tanto buen anhelar,
quien sufre de pena tanta;
quien siente, de mal en mal,
— como yo, — la gran tristeza
de la vida que se va...

¡Campanas, las de Segovia!
¡Campanas de Catedral!
¡Campanas de Catedrales!
En Toledo, la sin par.
Y en Salamanca, y en Burgos.
Todas de recio metal.
Todas parlando con tanta
soberana majestad;
con el ánimo y el temple
del Castellano leal.

—Las que en tantas grandes horas
hubieron de repicar,
diciendo fazañas tales
con una grandeza tal. —
¡¡Cantad, entonces!!

Dios santo,
¡quién las oyera cantar!
¡Quién las canciones oyera
del júbilo nacional!
Aires puros las difundan,
en venturoso volar.
De montes á montes pasen,
sobre tanto peñascal.
Nuevas llanadas las oigan.
Las oiga por fin el mar.
Y el himno feliz concierten
que aguardan los cielos ya.
¡Himno de Fe, de Esperanza,
de Amor, de Felicidad!
¡Á la Patria que resurja,
por la Paz, para la Paz!
¡Á la España, redimida,
— con su fe tradicional, —
por un espíritu nuevo
de salud, de libertad!
¡Con un porvenir de gloria,
de Sol! ¡¡Con un Idéal!!

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO	7
DEDICATORIA.....	19
AL LECTOR.....	23
La jura de la bandera.....	27
Los «expresos».....	37
España y Cervantes.....	47
Granada y Zorrilla. (En las fiestas de la corona- ción, Mayo de 1889).....	53
El gran día de Lepanto.....	61
El buen poeta.....	71
Canción para Noche-Buena.....	79
Los Sitios de Zaragoza.—La Torre Nueva.....	89
La carga de Taxdirt. (Campaña del Rif, 20 de Sep- tiembre de 1909).....	103
El Alto del León. (En la sierra de Guadarrama)...	113
CASTILLA, MADRE (poema rústico).....	119
¡Esta es Castilla!.....	121
Tonada «de arar».....	122
La santa semilla.....	125
El agua mansa.....	127

	<u>Páginas.</u>
Señor Juan.....	129
La flor en la mies.....	131
El nubarrón.....	133
La canción de las hoces	137
Mañana de sol.....	139
Noche de Agosto	141
La carreta de oro.....	143
Canto de trilla.....	146
La gran llanura.....	149
Post nubila.....	153

OBRAS

DE

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

POESÍA

Poesías, 1883.

El defensor de Gerona, leyenda, 1884.

Poemas de François Coppée, traducidos en verso castellano, 1887.

Tardes de Abril y Mayo, 1887.

Poesía de la Sierra, 1908.

Poesía del Mar, 1910.

Poesía del Cielo. (En preparación.)

La vida loca. (Libro galardonado por S. M. el Rey con el «Premio Fastenrath» á propuesta de la Real Academia Española.) 1909.

El poema de «Caracol». (En «El Cuento Semanal».) 1910.

Cancionero infantil, 1910.

El amor y mis amores. Poemas ingenuos, 1910.

Canciones de Noche-Buena, de muchos peregrinos ingenios; seleccionadas, reunidas y ordenadas. 1910-1911.

La Patria grande. 1911.

PARA PUBLICAR

Poemas del Pinar,

El Canto que pasa,

TEATRO

POEMA DRAMÁTICO EN TRES CANTOS

La tragedia del beso.

LEYENDA LÍRICA EN TRES ACTOS

Margarita la Tornera.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Severo Torelli.

COMEDIAS

La Regencia, en cuatro actos.

Las figuras del «Quijote», en dos.

El hombre feliz, en uno.

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS

Colomba.

ZARZUELAS EN TRES ACTOS

La llama errante.

Don Lucas del Cigarral.

Los hijos del batallón.

La canción del náufrago.

COMEDIAS LÍRICAS

La venta de Don Quijote.

El certamen de Cremona.

La Maja de rumbo.

SAINETES

Las Bravías.

¡Viva Córdoba!

La Revoltosa.

Los pícaros celos.

Las castañeras picadas.

El maldito dinero.

Los buenos mozos.

No somos nadie.

ZARZUELAS EN UN ACTO

<i>El cortejo de la Irene.</i>	<i>El tirador de palomas.</i>
<i>La Chavala.</i>	<i>El tío Juan.</i>
<i>El gatito negro.</i>	<i>Las grandes cortesanas.</i>
<i>Polvorilla.</i>	<i>Tolete.</i>
<i>La buena ventura.</i>	<i>La puñalada.</i>
<i>Los timplaos.</i>	<i>El alma del pueblo.</i>
<i>Las tres cosas de Jerez.</i>	

POEMA DRAMÁTICO

La bendición.

ESTUDIOS LITERARIOS

Relaciones entre la Ciencia y la Poesía. Memoria leída en el Ateneo de Madrid.

De François Coppée y de los poetas líricos franceses contemporáneos.

Prólogo á la traducción de los poemas de Coppée.